

7
UNA GRAN PELÍCULA
UNA GRAN NOVELA.



*Simone
Simón*

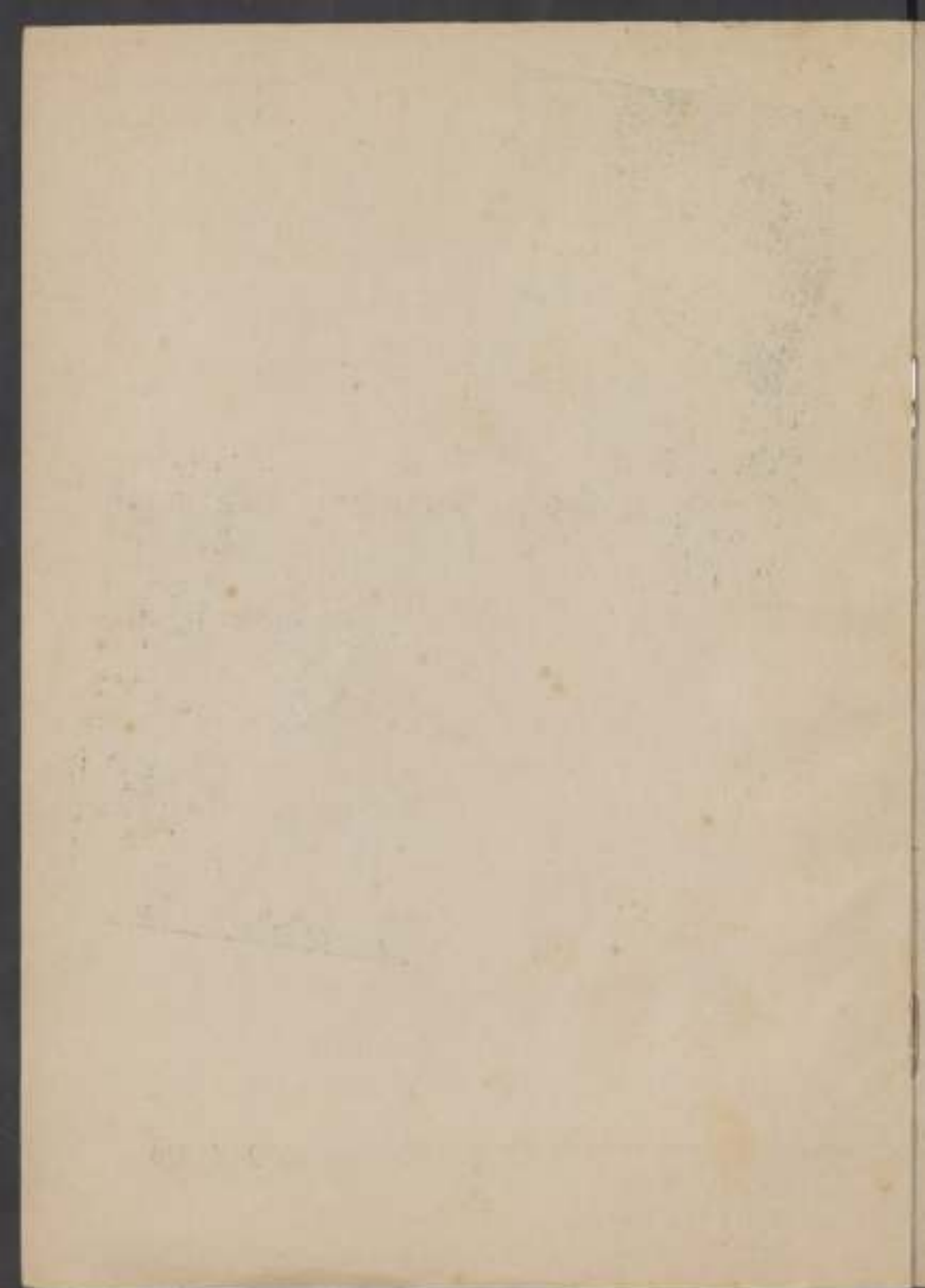


Cabalgata
DE

AMOR

UNA HISTORIA AMOROSA QUE SE PERPETUA DE SIGLO EN SIGLO.

2'50
PTAS



CABALGATA DE AMOR



NARRACIÓN NOVELADA
de la
PRODUCCIÓN CINEMATOGRAFICA
SELECCIÓN ORO FILMS

DISTRIBUIDA

por



INTERPRETADA

por

SIMONE SIMON - MICHEL SIMON - CLAUDE DAUPHIN,
Janine Darcey - Blanchette Brunoy y Corine Luchaire

DIRIGIDA

por

SIMONE SCHIFFRIN



FORMA 30 ATADJAS

PROLOGO

Anthelme, el mayordomo descendiente de cien generaciones de mayordomos y encargado del castillo de Maupré por sus últimos e infortunados dueños, abre la ventana y mira, lanzando un suspiro, a la mañana que le rodea. El destino de todo aquello iba a cambiar y unido a ése, también su suerte sufriría una transformación.

El, Anthelme, al que el continuo servicio y trato ennoblecido, dependería en adelante de un tal Lacouret, plebeyo enriquecido, que, gracias a sus millones pudo adquirir aquella señorial mansión. ¡Cómo habían cambiado los tiempos!

Lanza un nuevo suspiro. Hacía varios años que no había pisado aquellas estancias. La soledad del castillo le impone y parece escuchar los sonos de una pavana o de un elegante vals en las enormes cámaras desiertas.

Saca la cabeza, recibe los cálidos rayos solares y dirige a su alrededor una mirada de sombría pena.

El castillo, para el que los siglos no han pasado, aún se conserva robusto. Está muy solo entre los árboles de la montaña. A lo lejos, entre las copas del bosque se pueden

percibir los rojos tejados del pueblecillo que en otra época más feliz constituyera su señorío. La brisa susurra y trae un canto de un campesino que labra la tierra.

Todo iba a desaparecer. Anthelme no consigue alejar esta idea de su mente y sacude la cabeza. Siente una gran impaciencia. Daría una parte de sus ahorros para que ya hubiera llegado y transcurrido el amargo momento en que entregue las llaves de todas las habitaciones, acto en otro tiempo precedido de grandes ceremonias, a su reciente señor.

Suena la bocina del auto. Ya están allí. El corazón le palpita. Cierra la ventana y desciende rápidamente por la escalera principal al majestuoso vestíbulo amueblado por los intrusos a la moderna.

Hace una reverencia y da paso a Lacouret que viene acompañado de una bella muchacha rubia que sin duda es su hija Julia. Anthelme se queda boquiabierto.

¡Lacouret es el vivo retrato de un vástago de la familia de Maupré, que fué obispo, y cuya efígie reproducida por un buen pintor, cuelga en un rincón del vestíbulo!

—Buenos días, Anthelme. Esta señorita es mi hija Julia y a partir de este momento será la verdadera dueña del castillo.

Repite el criado la reverencia. Julia le parece una muchacha sensata y bien educada; por lo menos no le ha tendido, como temía, la mano para saludarle.

La muchacha contempla con inhibida interiormente las magnificencias que la rodean.

—¡Es hermosísimo! Jamás había visto una cosa semejante.

—Pues ya verás, hija mía. Hay una cantidad de habitaciones que sólo pensarlo pone los pelos de punta.

—Cincuenta y seis, señorita —concreta Anthelme, que oye con desagrado la chabacana afirmación de Lacouret.

—¡Es maravilloso! Un castillo como éste, aquí en la soledad y en estos campos que rezuman los tiempos pasados... Sin duda, cada habitación encerrará un recuerdo, restos de vida de los nobles que las animaron... Casi no me atrevo a penetrar en ellas. Me hace el efecto de que los fantasmas se molestarán al ver que hollamos sus leyendas.

—Tonterías, Julia. En nuestros tiempos no hay fantasmas y menos leyendas. Con el aire y la luz eléctrica se limpian los recuerdos y se borran las leyendas.

El mayordomo sonríe y advierte su sonrisa Julia.

—¿Verdad, Anthelme, que el castillo tiene una leyenda como todos?

—Sí, señorita; una leyenda que ha llegado hasta nosotros a través de los siglos.

—Delicioso. Por favor, Anthelme, explíqueme la.

—Julia —protesta su padre haciendo un gesto de hastío—, deja para otra ocasión el cuento. Ahora tenemos que visitar las habitaciones y el castillo para que mañana no te pierdas en este laberinto.

—¡Bah, papá! Nada impide que Anthelme hable mientras lo recorremos. Incluso, estará muy bien que lo haga, pues así cada estancia recogerá su verdadera personalidad.

—Pero, niña —exclama Lacouret.

—Nada, Anthelme, usted tiene la palabra.

Lacouret se encoge de hombros resignado y se dispone a escuchar. Anthelme carraspea y echa a andar:

—Por aquí, señores. Esta es la escalera principal. Antaño fué testigo de grandes fiestas y los antiguos dueños en ella recibían a sus aristocráticos invitados.

—¿Y la leyenda, Anthelme?

—Abarea a todo el castillo, señorita —afirma el criado—. No hay un sólo rincón en todo él que no esté

influido por ella. El caso es que, después del primer drama de amor que hubo en estas habitaciones, cuya historia se desconoce, una extraña fatalidad parece perseguir a los amantes de siglo en siglo...

Continúa subiendo Anthelme la amplia escalinata y su voz, llena de veneración, resonando por los pasillos, acallándose en las cámaras y salas, narra la siguiente historia:

PRIMERA PARTE

La historia de la señorita Julia de Maupré

Hacia el año 16... un grupo de desastrosos cómicos de la legua hacia prodigiosos esfuerzos para desatascar uno de sus carros, cuya rueda se había hundido en el fango del camino sin que fuera posible ponerla nuevamente en marcha.

La escena tenía lugar en un bosquecillo del señorío de Maupré y a la clara luz de la mañana los miserables trajes de los comicuchos contrastaban grotescamente con la esbeltez y claros troncos de los álamos.

Pugnaron mucho rato sin conseguir poner en marcha el vehículo. Ni los gritos a las bestias, ni los empujones de todo el elenco conseguían nada. Por último, a las exclamaciones del director, un horrible y desdentado personaje, se unió la voz de una pareja de guardas que se presentó de improviso.

—Bueno, ¿en qué quedamos? ¿Seguimos adelante o no?

—Ya veis, señor —protestó Tyrán, el director— que no podemos avanzar, pero tampoco retroceder.

Esta respuesta, ligeramente irónica, irritó el ánimo altivo de los guardas.

—¿Quieres que te dé un puntapié, viejo idiota?

Tyrán se descubrió y encorvó más aun su cuerpo. Ya conocía cómo obraban los guardas con unos desheredados como ellos.

—Yo no soy un viejo idiota —exclamó con un dejo de dignidad—. Soy el jefe de una honrada "troupe" de comediantes. Fijaos, allí están...

Mientras señalaba a un grupo de personas algo apartado, fué presentando a los comediantes que lo componían indicando su personalidad por el nombre de los papeles que habitualmente desempeñaban. La Coqueta e Isabel, dos buenas mozas, como dijo, aunque algo maltratadas; el famoso Matamoros,

un hombrón estafalariamente vestido; el Pedante, un anciano de una edad semejante a la del que hablaba. Y acabó diciendo:

—Y yo soy el director, intérprete de los Reyes.

Rieron los dos guardas con ferocidad. El orgullo del director les ofendía y despertaba sus malos instintos.

—¿Sí? Pues mi pie te servirá de trono.

Gritó el director reclamando la ayuda de sus compañeros, más asustados aún que él. Los guardas parecían dispuestos a poner en obra su amenaza, pero, por fortuna, un silbido atrajo su atención y se olvidaron de su intento.

Ambos se dirigieron hacia un joven de buena talla, que sin espantarse continuó silbando, mientras con un puñal descortezaba una rama.

—Oye, tú...—dijo un guarda, sin obtener respuesta—. ¿Qué es eso? ¡Cállate! Tú eres testigo de que me ha faltado al respeto.

En efecto, el muchacho simulaba no advertir su presencia y proseguía silbando insolentemente sin levantar la cabeza de su labor. Todos los comediantes temblaban. El joven no se arredraba por nada y les iba a meter en un mal paso.

Tyran intervino rápidamente. Hizo una seña a la Coqueta, ordenán-

dole que distrajera a los guardas antes de que llevaran más adelante su malhumor.

—¡Sí! ¡Siempre yo!

—Ya voy yo—dijo la Dueña, una mujer obesa.

—No, eres demasiado vieja—dijo Matamoros—. Nos perderías a todos. Voy a decirles dos palabras.

Se apretó el cinto y de mala gana dió unos pasos hacia los dos guardas, que ya desenvainaban las espadas.

—¿Te interesa mucho?—preguntó la Coqueta, viendo su temor y mala gana.

—No.

—Ya voy yo, pues—corrió ligera y se aproximó a la pareja de soldados—. ¡Señor guarda! ¡Señor guarda!

—¿Qué te ocurre a ti?

Pero no indagaron más. La Coqueta, con picarescas señas y ademanes inequívocos, corrió hacia una parte del bosque más espesa. Persiguieronla los soldados y pronto desaparecieron de la vista de los anhelantes cómicos.

Minutos más tarde aparecían, saliendo de la espesura, la Coqueta y los dos guardas. Estos no protestaban ya; al contrario, se atusaban los mostachos con gallardía. La Coqueta corrió a refugiarse entre sus compañeros.

—¿Qué te parece, amigo?—pre-

guntó un guardia al otro—. Casi es mejor dejarles que se las compongan. Dichosos ellos que viven como quieren y hacen lo que les parece.

—Sí, pero esa vida es peligrosa. Además, no me gusta como vive esa gente.

Aunque oyeron estas palabras los componentes de la farándula, no se inquietaron. Harto sabían el desprecio que su profesión inspiraba a todo el mundo para alarmarse de nuevo. La tempestad había pasado.

Aunaron todo su vigor en la rueda del carro atascado y entre gritos y reniegos lograron salir del atolladero. Tyran se descubrió y simuló una reverencia.

—Ya está, señores, ya está. Podemos marcharnos.

Los dos guardas se pusieron a la cabeza de la caravana y marcaron su rumbo. Indudable era que no estaban dispuestos a dejarles libres, pensaron los comediantes, mientras tiraban de las riendas y echaban a andar.

Tyran, ayudando a subir a la Coqueta a su carricoche, preguntó preocupado:

—¿Te han dicho algo?

—Ni palabra... Ni ellos mismos saben por qué les han ordenado que nos detengan. ¡Hum!

Tyran dió la orden de seguir a su escolta, mientras repetía la última exclamación de su pupila.

—Si es por el conejo de ayer—dijo el Gordo— creo que nos van a apalear.

—Sí, pero si es por las carpas que les arrebatamos, será más grave. Las carpas son privilegio de los señores: cuestan muy caras—apuntó a su vez Matamoros.

Y Tyran concluyó, cerrando los temores de la "troupe" con una interrogante definitiva:

—¿Y si es porque nos han visto robar las gallinas? ¡Ah, miserias humanas!

Sin despegar más los labios, sumido cada cual en sus pensamientos, atravesaron la puerta del castillo y penetraron en el patio, en aquellos instantes pululante de criados y gentes de los lugares de los contornos; y con el mismo silencio se detuvieron junto a la cisterna y descendieron de sus carros, agrupándose temerosos.

La escalinata exterior del edificio principal reboaba caballeros y soldados de todas las categorías. De repente, se presentó en ella un atildado y engomado personaje, que descendió por los escalones apoyándose en un bastón.

Su aparición puso la piel de gallina al director. Era el Intendente general de Monseñor de Maupré.

—A mí no me gustaría que me ahorcaran—musitó a sus compañeros.

El Intendente, sin prestar atención a las reverencias que le prodigaban, se encaminó hacia los artistas.

—Monseñor...

—Vuestra Gracia.

Los comediantes se precipitaron hacia el personaje para conmoverle y librarse de su suerte. La Coqueta, fiándose en su ya marchita belleza, se inclinó:

—Vuestra Excelencia querrá permitirme que le explique...

Pero el Intendente hizo un lánguido ademán suplicando silencio y todos se callaron aterrados, temblando visiblemente.

—¿Quién es el jefe de la farándula?

Tyran casi rozó el suelo con el rostro. El Intendente le lanzó una altiva mirada y se tapó las narices.

—Sí, pues... Es decir... —farfulló el director sin saber a qué santo encomendarse, pero esperando capear el temporal gracias a su astucia—, somos algo así como una paqueña república, ¿comprendéis? No tenemos un verdadero jefe; eso, un jefe... Lo que quiero decir es que no tenemos un jefe responsable... Yo soy como un padre para todos estos compañeros, ¿comprendéis?

El Intendente frunció el ceño y repitió su ademán despreciativo. Estudió las anhelantes caras de los comediantes y se sorprendió de su an-

siedad. Luego les volvió las espaldas, diciendo:

—Está bien. Voy a prevenir a Monseñor.

No sirvieron estas palabras de consuelo a Tyran y a sus camaradas, antes bien aumentaron su desazón.

—Esto se pone mal.

—Ya os advertí que no rompierais el cercado. Ya lo advertí... No es muy difícil robar gallinas sin romper el cercado.

Pero el director, cuyos despiertos ojuelos no paraban un instante, comprendió, por la actividad que reinaba en el patio y por los numerosos personajes que iban presentándose, que algo anormal y no relacionado con su destino tenía lugar en aquel momento.

—En todo caso, si es para ahorcarnos, esos cretinos están preparando una fiesta.

—¡Mala suerte!

Mas el director no escuchaba las lamentaciones del Gordo; dispuesto a salir de dudas de una vez, preguntó a una muchacha que desplumaba un apetitoso pollo:

—Dime, pequeña, ¿para quién son todos estos preparativos?

—No debes ser del país, si no lo sabes. Son para la boda de la señorita, ¡hombre!

En tanto que Monseñor de Maupré discutía con un fraile de ello

encargado por la otra parte interesada, los últimos detalles referentes a la dote y la boda, la señorita Julia de Maupré era despertada por el tropel de doncellas, requerido por las complicadas ceremonias del protocolo de aquella época.

La señorita Julia de Maupré era una verdadera hija de su tiempo. No desconocía ninguno de los adelantos que imponía la moda y determinados secretos de tocador, por desagradables y molestos que fueran. Y esto se debía a que, si bien tenía un fondo de romanticismo y de ingenuidad casi rayano en la inocencia, por otra parte su coquetería y una enorme estima de sí misma y de su valor social, le daba fuerzas para soportar cualquier tormento que tendiera a aumentar su belleza.

La nodriza corrió las cortinas de la cama e inclinó su voluminosa humanidad sobre la joven, quitándole con cuidado la careta destinada a conservar fresco su cutis, mientras dos doncellas hacían lo mismo con los guantes. Luego, antes de que su señora abriera los ojos, besó su frente.

—La pobrecita aún no se ha despertado.

—¿En un día como hoy!

—Ha debido pensar en ello toda la noche.

Julia levantó los párpados y les sonrió.

—¿Has dormido bien, niña mía? —preguntó la nodriza—. ¿Has tenido sueños agradables?

Julia no contestó a sus preguntas. Se sentó en la cama y parpadeó a la luz.

—Nodriza, ¿verdad que es hoy el día?

—Sí, mi reina, sí. Hoy es el día de tu boda...

—Hoy estoy bonita, ¿verdad, nodriza?

—Creo que sí, reina mía. Con todas las porquerías que te pones en la cara para ser bonita, se podría hacer un guisado.

Las dos sirvientas que la ayudaban se echaron a reír. La nodriza contuvo un gesto de indignación. Con aquellas muchachas nunca se podía hablar; se relan siempre de todo, eran chismosas, aturdidas, tan sólo pensaban en los mozos...

Julia, sin apartar sus ojos del espejo, las saludó:

—Buenos días, María. Buenos días, Juana.

Pero éstas estaban tan excitadas que no la oyeron, como tampoco advirtió Julia en que su saludo quedaba sin contestación. Su fantasía erraba por un mundo fantástico en que su futuro y desconocido esposo representaba un papel principal por su galanura. Se sentía anticipa-

damente feliz por la dicha que la esperaba. Jamás había pensado en que fuera tan turbadora la espera del príncipe Encantado, pues príncipe Encantado era para ella aquel a quien entregaba su mano.

—Mi caballero no tardará en llegar —exclamó como para acallar su impaciencia—. Quisiera danzar sola, nodriza.

Bajó del enorme lecho y se entregó a las manos de sus sirvientas, sin percutarse de ello. Desconocía la parte conveniente y comercial del negocio matrimonial que se trataba en aquellos momentos en la sala del castillo. El matrimonio era, al parecer, una deliciosa aventura cuajada de sorpresas.

—Será más alto que yo, mi caballero, ¿verdad, nodriza?

—Sí, sí; ¡claro! —contestó rápidamente la aludida, ocultando una ráfaga de tristeza que pasaba por su faz.

—Y fuerte. Más fuerte y apuesto que todo el mundo, ¿verdad?

—Sí, pequeña mía, sí.

Julia se pestró de hinojos y juntó las manos frente a la imagen de la Virgen que tenía en su cuarto.

—Soy feliz. Voy a darle gracias a Dios por el precioso regalo que me otorga.

—¡Pobrecita! —murmuró la nodriza, uniendo sus oraciones a la de Julia, rogando para que el Ser

Supremo la preservara de la terrible desilusión.

Tyran y su pandilla fueron conducidos en el momento oportuno para que su presencia no fuera desagradable a Monseñor, o sea, una vez terminadas y cerradas satisfactoriamente las negociaciones del matrimonio.

—Tú, el barbudo, ¡acércate!

El director miró con espanto la emperifollada figura que, sentada en una hermosa y reluciente silla, le daba aquella orden. Y no se movió.

—¡Acércate!

El tono fué más perentorio y prestó agilidad al director. Como un cuervo cruzó la distancia que les separaba, viendo reflejada su figura por el reluciente pavimento.

—Ya voy... Corro... A vuestros pies, Monseñor.

Efectivamente, hizo lo que decía y levantó su cara hacia el aristócrata.

—En este hermoso día de fiesta, pensamos que... unas miserables liebres cazadas involuntariamente en las tierras de su Señoría...

Monseñor de Maupré estudió el horrible rostro que tenía delante con sorpresa.

—¿Qué liebres?

—¡Oh!... ¿He hablado de liebres? ¡Oh, Monseñor, me he equivocado! Reparad en mi edad... No,

por lo de las carpas, Monseñor, porque... os aseguro que fué contra nuestra voluntad.

—Pero, ¿qué carpas?

El sorprendido ahora era Tytan. Por lo visto el prócer no sabía nada de aquello. ¡Era asombroso!

—¿Qué carpas?... Pues, sí, es verdad, ¿qué carpas? Si es por las aves, ¡gracia, Monseñor, gracia por las aves!

La ira del de Maupré estalló al fin, ante las marrullerías y galimatías del comediante.

—Pero, ¡viejo malandrín! ¿Qué son esas historias tan absurdas? Os he hecho buscar pata que representéis una comedia con motivo de la boda de mi hija.

Anthelme y les Lacouret llegan a la inmensa cocina del castillo, convenientemente modernizada. Detéñese un instante para que la puedan apreciar y sigue diciendo:

—Sepan, señores, que en la cocina tuvo lugar una de las escenas más importantes de la historia que les narro. Pero, si les canso, díganmelo.

—No, no, siga —suplica Julia.

—Bueno, siga usted, Anthelme —corrobora su padre, interesado a su pesar por el relato del criado.

—Como les decía, aquí...

Y la voz de Anthelme vuelve a rememorar aquella antigua leyenda.

El tocado de Julia estaba tocando su fin. La alegría de la joven iba subiendo de punto a medida que transcurrían las horas acercándola a su felicidad. No obstante, la nodriza no acogía ya con su primer contento el entusiasmo de su señora; antes bien, parecía que su humor sombrío aumentaba y asestaba miradas furiosas a las charlatanas sirvientas y de compasión a la muchacha.

—¿No crees que es demasiada felicidad a la vez, nodriza?

—El Buen Dios no da nunca demasiada felicidad a la vez, pequeña, y cada alegría se paga con una pena.

—Es que, nodriza, tengo la impresión de que a mí sólo quiere darme alegrías.

—No hables así, pequeña mía... no hables así.

Julia reparó en la innegable tristeza de su nodriza. Intentó mirar los ojos de su interlocutora, que la rehufan sin cesar, como si una pena muy honda y enorme pudiera dilatarse a través de ellos y su poseedora quisiera evitarlo.

—¿Qué es lo que tienes?

La nodriza no pudo contener su preocupación; la estrechó entre sus brazos, llorando, mientras Julia y las doncellas la contemplaban admiradas de aquel arranque senti-

mental, tan poco corriente en ella.

—¡Mi pequeña! ¡Mi pequeña preciosa! Tú no conoces nada, ni la vida, ni el amor...

Julia intentó sonreír, con escaso éxito. Se sentía desanimada por el llanto de su más firme soporte moral.

—Pero, nodriza, no es para entristecerse. Hoy voy a saberlo todo, ¿no es verdad?

—Sí, vas a conocer la vida —y dirigiéndose furiosa a las doncellas que se acercaban llenas de curiosidad, exclamó—: Y vosotras, ¿qué estáis haciendo aquí? Escuchando con la boca abierta, ¿eh? Id a buscar fuego, ¡aprisa!

Las sirvientas huyeron como una bandada de pájaros asustados. Contempló su salida la nodriza y, luego, tomando una decisión repentina, se encaró con la joven:

—Es igual... Voy a decírtelo todo, pequeña mía. Luego que hagan conmigo lo que quieran. Me han prohibido que te lo diga, pero no quiero que la sorpresa te haga más desgraciada. Tu prometido...

Al oír esta palabra adorada, Julia sintió que el corazón se le helaba y un pensamiento espantoso la sobrecogió.

—¿Mi prometido...? —repitió mecánicamente—. ¿Qué es lo que quieres decirme de mi prometido?

—Te han mentido... El retrato...

—no pudo terminar; los sollozos se lo impedían.

Aquellas pausas eran un tormento mayor para Julia que el poseer el conocimiento, la certeza de que una desgracia terrible se avecinaba, fuera cual fuese su especie.

—¿Qué pasa con el retrato? Pero, ¡habla de una vez en lugar de lloriquear!... ¿Qué ocurre con el retrato?

—Que no se parece en absoluto, pequeña mía. Todo son mentiras... Ellos saben que no se parece nada a tu novio. Yo hablé con el hombre que lo trajo porque es de mi país, de Provenza. Tu prometido no es muy alto, ¿sabes? Además, tampoco es bien parecido... Es bastante gordo y... creo que también... cojea un poquito.

—¿Eso es todo? —murmuró maquinalmente la joven.

Y las siguientes palabras de la nodriza no llegaron a sus oídos. Algo interior se había descompuesto en ella, transmitiéndole un frío terrible a las venas que le paralizaba la imaginación, su facultad de protestar, de reaccionar contra tamaño ultraje a su belleza. ¡Su belleza! ¿Qué era sino una mercancía que se vendía al mejor postor? Ella, que guardara y cultivara tan cuidadosamente aquel tesoro, se veía absolutamente defraudada. ¿Y qué era su belleza ante el fracaso de sus sueños

y su facultad de elegir y de erigirse en única dueña de su vida? ¡No! ¡No! ¡No! aquel era un mal sueño! No iba a perderse todo, algún consuelo habría para su alma conmovida hasta sus más hondos talces... Inconscientemente su mano se alargó y asió un espejo.

—Pero, ¿qué haces, pequeña mía?... Me das miedo.

—Me acostumbro. Me contemplo. Bueno, seré marquesa, tendré muchos vestidos y diamantes y todos me admirarán en la gran sala de baile del Louvre. Pero no llores más, por favor... ¡Cualquiera diría que el amor es importante! —terminó con la voz empañada por las lágrimas contenidas.

—¿Tú has soñado tanto con él?

Se abrió la puerta, cortando bruscamente su conversación, y penetran riéndose como unas locas tres sirvientas. La nodriza se precipitó hacia ellas como una furia.

—¿Qué les pasa a esas tontas? Como si el caso tuviera gracia. ¡Ten! ¡Ten —y les dió unos cachetes—. ¡Ya os enseñaré yo a reír!

Los gupes, sin embargo, no produjeron la menor impresión en las doncellas que continuaron con sus risas. Irritada, exclamó la nodriza:

—Pero, ¿qué os ocurre? ¡Hablad de una vez!

—Allí, en la cocina... los farsantes... hay que verles a todos ellos —anunció sin cesar en su hilaridad—. Llevan plumas y coronas... un verdadero carnaval.

La cocina estaba en plena indisciplina, a pesar de los esfuerzos del cocinero en jefe. Tyran y los demás habían sentado sus reales en ella y entre los guisos y las perolas ensayaban la obra que aquella noche tenían que representar, con gran algazara y contento de todos los pinches y marmitones. Y por más que protestaba el jefe de los cocineros no conseguía que Tyran se marchara. Este se escudaba en el arte y en la protección de Monseñor, como el cocinero se apoyaba en sus manjares y en su importancia.

—Está bien. Está bien —concedió por último, ahumado por la ágil lengua del director—. Lo único que pido es que no me estropeen mis guisos distrayendo a mis hombres sin necesidad.

Tyran aceptó con gesto majestuoso la rendición del cocinero. En su cabeza bailaba una corona y los demás compañeros de farsa llevaban la indumentaria adecuada a sus papeles habituales. Todos se daban gran importancia y disfrutaban orgullosamente la admiración de la cocina en mala.

—Buenos, amigos —dijo el director a su vez—, no nos distraigamos

con los guisados. Continúad, continuad... Estos pillos no comprenden lo que es una tragedia... No comprenden nada.

Y confirmando sus palabras todos rieron, pero la alegría fué interrumpida por la inesperada entrada de Julia y su nodriza. Esta última protestaba del atrevimiento de la joven, sin que lograra conducirla de nuevo a sus habitaciones.

Julia no la hacía caso. Entró en la cocina y se admiró de todo.

—Una joven como yo puede hacer muchas cosas en realidad —dijo respondiendo a unas palabras de su acompañante—. Acabo de comprenderlo hace un instante. Además, tratándose de comediantes, pues...

—¿Qué? —dijo la nodriza al ver que no se atrevía a expresar su idea.

—¿No crees que yo seré una comediente también, a partir de mañana?

Y esta respuesta aplacó las protestas de la nodriza. Julia se entregó en cuerpo y alma a la contemplación.

La escena era abigarrada en verdad. Tyran hacía los imposibles para mantener el orden y lograr que sus dirigidos dieran a todas las palabras la entonación perfecta y, más aun, para que se movieran con desenvoltura. Y su impaciencia y los remedos que hacía de las voces, y

sus protestas, levantaban continuamente carcajadas, a las que pronto se unió Julia. Su natural infantil no podía entregarse por entero a la pena y su tristeza eran como nubes de estío.

De pronto reparó en que, algo apartado de los demás, había un sector mejor trajeado, que estudiaba su papel apoyado en una columna. Era Leandro. Su aspecto retraído y su bermosa faz, la independencia de su apostura y la serenidad que emanaba de su persona, le llamaron la atención. Contemplóle y tuvo que confesarse que el farsante era la viva encarnación de sus sueños, que la Providencia había hecho aparecer en el castillo para consolarla y darle esperanzas de que su tormento no sería eterno.

—Dejemos a nuestros padres el cuidado de odiarse. Nos amamos, Phillis; es nuestra mejor dicha, somos jóvenes, bellos los dos y... —recitaba Leandro en voz alta.

—¿Habíais muy a menudo solo, como ahora? —interrumpióle Julia.

Leandro no le prestó la menor atención.

—... Y la rosa se obstina en ocultarse esta mañana".

El orgullo de los de Maupré y la costumbre de ser la primera en todos los lugares, al no ser atendidos, se irritaron en la muchacha.

—Es muy bonito, pero si fuerais más educado me responderíais.

—Sí, pero soy mal educado.

—¿No sabéis quién soy?

—No.

—La señorita de Maupré.

—¿Ah, sí?

Y Leandro siguió ensayando como si el nombre no significara nada para él. Julia se sintió humillada y para zaherirle repitió las últimas frases de los versos. Viendo que no se inmutaba, dijo:

—La verdad, yo no creo... No estoy muy segura de que sea muy necesario amar.

—Permitidme que reserve mi opinión personal acerca de ello.

—¿Vos creéis en el amor? Pues sois muy afortunado.

—No obstante, vais a casaros. ¿Y no estáis segura de que sea necesario amar?

—Aun no he visto a mi prometido.

—¿Y aceptáis por marido a un hombre a quien no habéis visto nunca? —Leandro se echó a reír.

—¿De qué os reís? —dijo altanera Julia y a pesar de ella intrigada por el joven—. ¿Soy tan divertida acaso?

—Vos y vuestra boda sois un divertido espectáculo. Continúa imaginando que vuestro marido os adora y que vos le adoráis. Gracias por la comedia que habéis represen-

tado. A cada cual su turno —dijo abriendo de nuevo el libro—. Y ahora dejadme ensayar. ¡Es una lástima! Siento tener que representar esta noche tan buena comedia ante tan mal matrimonio.

La mano de Julia abofeteó a Leandro. Los ojos de ambos se clavaron como espadas en la carne. Dos clases sociales se miraban y ninguna quería ceder.

—Pequeña mía, por favor —gritó la nodriza, mientras reinaba el silencio—. No quiero que estés ni un minuto más entre esta gentuza.

Anthelme abre la puerta y da paso a sus dueños. La indica con un gesto y dice:

—Aquí tuvo lugar el encuentro de dos almas gemelas. Era la cámara de Julia. Ya verán qué a continuación...

Julia penetró en su habitación y se desplomó en un sillón colocado junto a su lecho. Lloró, entre las amenazas y protestas de su nodriza, unos minutos con la cara escondida entre las manos. Luego, tomando una súbita decisión, ordenó:

—Ve a buscar al hombre que acabo de pegar.

—¿A ese bohemio? ¿A esa muladad?

—Sí.

—Pero, es imposible. ¿En tu alcoba?

—Ve a buscarle en seguida. ¡Lo quiero! —y advirtiéndole que la nodriza pugnaba entre su prudencia y el deseo de obedecerla exclamó—: ¿Quieres que vaya yo? Dime, ¿quieres que vaya yo?

Más que por el tono de la orden, por lo que barruntaba de la lucha interior que Julia estaba sosteniendo, obedeció la mujer. Al cabo de unos instantes regresaba acompañada de Leandro.

—Déjanos, nodriza.

—Pero, ¿qué estás diciendo, pequeña? ¿Que os deje solos? —dijo la nodriza, haciéndose cruces—. ¡Ah, no!

Mas Julia no estaba de humor para tener que vencer dificultades, de dondequiera viniesen. En los minutos que florara, había atisbado un mundo desconocido a cuyas puertas se sabía y quería penetrar en él con todos los honores, empezando por la humillación más completa. Pocas horas le quedaban que sólo a ella le pertenecieran y deseaba disfrutarlas con la plenitud que el vacío de años futuros y melancólicos hacía más dolorosa de imaginar.

—Déjame. ¡Te lo ordeno!

Ambos jóvenes quedaron solos. Algo se cernía sobre los dos que los cobijaba. Leandro saludó rendida-

mente y aguardó a que Julia le hablara para conocer su suerte, que creía desgraciada. El fino rostro de la baronesita le atraía cada vez más y...

—No tenéis un oficio muy honesto... ¿Quién os indujo a que os dedicárais a la farándula?

—El amor.

—¿El amor hacia una cualquiera...?

—Sois muy fina, para ser una señorita —comentó irónicamente Leandro.

—Es necesario. ¡Sois tan impertinente! —conteniendo a Leandro, siguió—: Decidme, ¿no estáis contento de actuar esta noche ante nobles en lugar de actuar, como de costumbre, ante villanos? ¿Hay tanta diferencia entre un noble y un villano!

—Sí; los nobles lo dicen y los villanos lo creen —aseguró Leandro completamente desorientado.

—Decidme... ¿Quién os ha enseñado a ser altanero?

—La miseria, señorita.

—Lo decís como si se tratara de un título de nobleza.

—Lo es, aunque un poco sombrío.

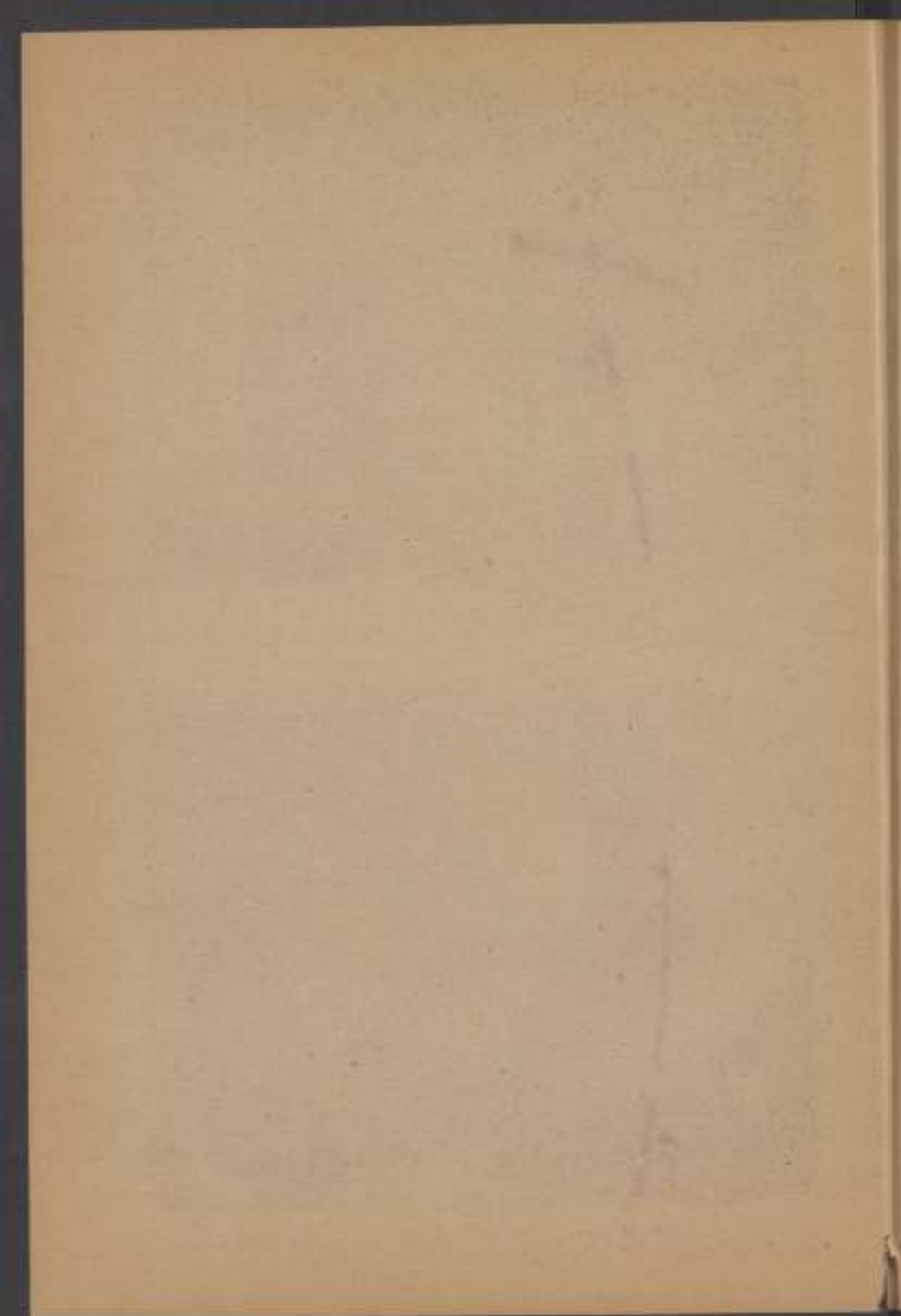
Julia se sentía más y más subyugada por el joven. La dignidad de éste, tan distinta de lo que imaginara, y la prestancia de su figura



La joven se arrodilló ante el altar. Ya había desaparecido todo su orgullo de aristócrata y la oración que brotaba de sus labios era la más humilde acción de gracias.



Ni las lanzas ni las espadas que se elevaban contra ellas dos, conseguían borrar la suprema, la inmensa y única verdad conocida...

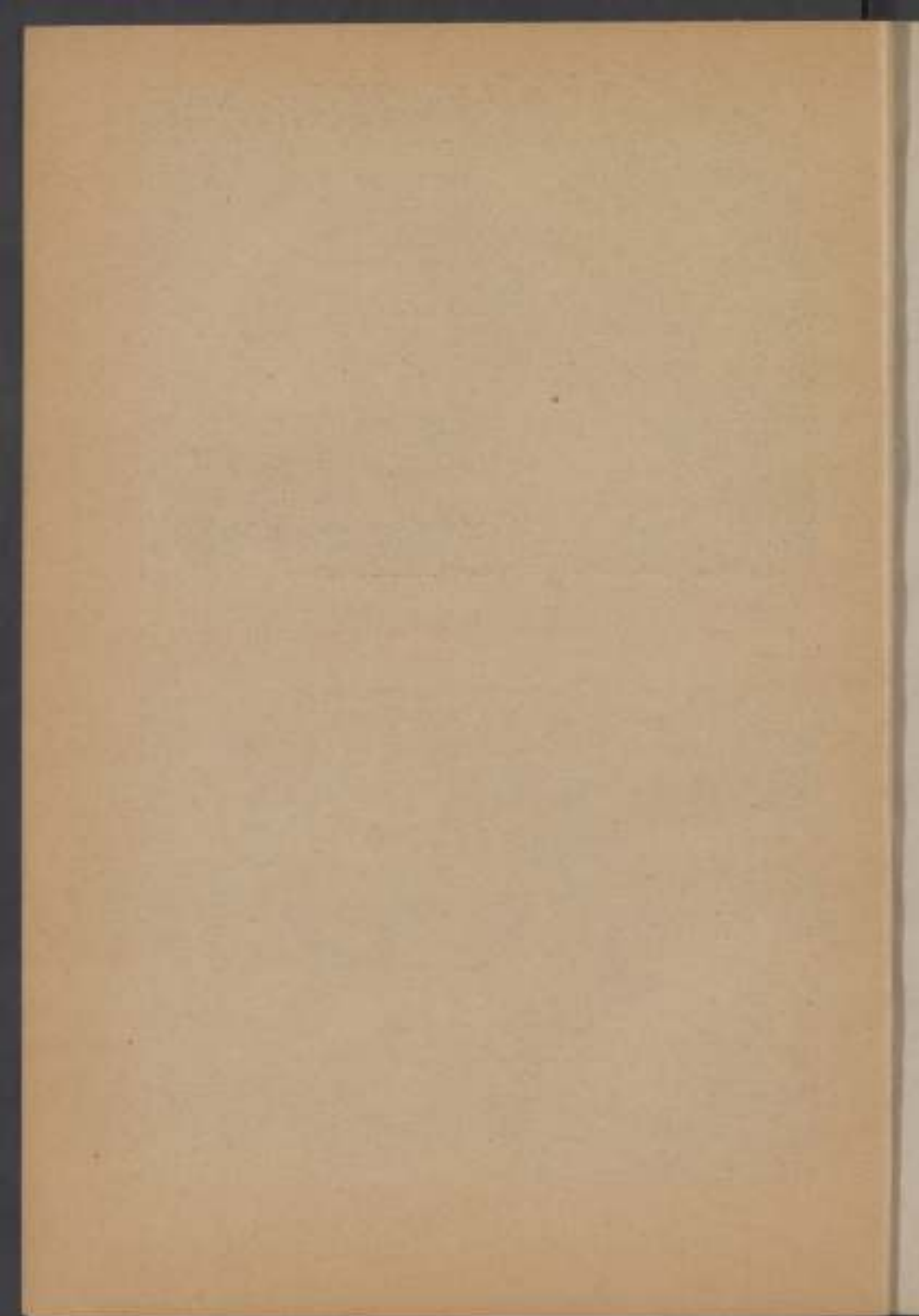




A la vacilante y pálida luz de la bujía el aspecto de la modestilla aparecía insuperablemente más bello de lo que el conde se atreviera a soñar jamás.



¿Por qué? ¿Por qué las convenciones sociales y las ambiciones de los padres y de las familias tenían fuerza para trazar el destino de dos personas?...



encendían en su corazón una flama peligrosa.

—¿De quién estáis enamorado?
¿De la rubia?

—No amo a nadie.

—Yo tampoco. No amo a nadie, pero me es igual—y como obedeciendo a una fuerza superior, añadió—: Perdonad que os haya pegado.

Leandro se irguió y con las facciones inmóviles, contestó:

—En nuestro oficio se reciben tantas...

—Pero yo no quiero que mi bofetada sea como las otras —exclamó impetuosamente Julia.

—Yo bien quisiera, pero, ¿qué hay que hacer para que no sea como las otras?

No fueron necesarias las palabras para demostrar cómo se borra una ofensa entre un hombre y una mujer; bastó el amor para ello y pronto se encontraron inexplicablemente uno en brazos del otro.

Los amantes no se percataron que el tiempo volaba y asimismo no oyeron el precipitado galopar del caballo de un escudero, que avisaba al castillo de la llegada del prometido de la muchacha.

Entró la nodriza y sorprendiendo el abrazo de los dos jóvenes, exclamó:

—Tu prometido llegará de un momento a otro —arrancó a Lean-

dro del lado de Julia y lo arrastró hacia la puerta—: ¡Salvaos! ¡Si alguien os encontrara aquí!... Pronto, marchaos y procurad que nadie os vea.

Vuelto bruscamente al reino de la realidad, Leandro obedeció como un autómatas. Echó a correr por los pasillos y llegó al patio a tiempo de contemplar la llegada del hombre que iba a arrebatarse su único amor.

Julia fué vestida rápidamente con el traje de ceremonia nupcial y conducida solemnemente a la gran sala de fiestas. Allí se desarrollaba la importante tarea de las presentaciones. Al lado de su padre, con el corazón junto a Leandro y a los momentos inolvidables vividos, asistía como una pálida figura de cera a los preparativos protocolarios de sus bodas...

Sólo salió de su ensueño, al escuchar la voz del escudero anunciando los nombres de su futuro esposo y de su madre política.

—Fíjate, hijita —dijo Monseñor el barón antes de que entraran los personajes anunciados—. Ahí te tienes. ¿Estás contenta? Puedes estarlo, ¡me cuesta tan caro!

Más caro le costaba a Julia. Su corazón había muerto para siempre, pues su prometido que avanzaba hacia ella no sólo poseía todos los defectos anunciados por su nodriza,

sino que en su faz se descubría una sonrisa bestial de idiota.

Julia cerró los ojos y la imagen de Leandro reemplazó a la de su novio.

Dos horas más tarde era la marquesa de Sártey.

—Todo eso es muy triste, es verdad, pero, ¿dónde está la tragedia? —protesta el señor Lacouret.

—¡Calla, por favor, papá! —contesta Julia.

—Ya verá el señor —afirma Antheime—. Desde esta misma ventana, con el corazón destrozado...

Vió Julia los preparativos de los comediantes y su partida. Los maltratados carruajes hicieron retumbar el vacío patio con sus ruedas. Aquellos sucios y estropeados vehículos se llevaban para siempre a Leandro, mientras ella esperaba la visita de un hombre al que ya odiaba.

Rápidamente tomó una decisión y echándose sobre su lujoso vestido un manto negro, escapó por una puerta excusada. Durante unos minutos interminables corrió en pos de los comediantes hasta que le pareció que sus pulmones iban a estallar y cuando ya desesperaba, en el bosquecillo de álamos ya descrito, advirtió a lo lejos el farol de

uno de los carruatos de la farándula.

—¡Leandro! ¡Leandro! —gritaba con angustia—. ¡Leandro! ¡Leandro!

Por fin sus llamadas fueron oídas y los carros se pararon. Saltó Leandro de su carro y corrió hacia ella. Julia se desplomó en sus brazos, sollozando.

—Pero, señorita...

Julia le puso la mano en la boca y levantó hacia él un rostro suplicante, bañado en lágrimas.

—¡Llévame contigo muy lejos de aquí! He de decirte que no tengo a nadie más en el mundo que a ti.

Los dos jóvenes se confundieron en un abrazo.

—Pero si es la señorita —dijo Tyran—. Es preciso acompañarla, si no, nos colgarán.

—Dadme un caballo... el negro, por ejemplo —suplicó Leandro, sabiendo a qué exponía a sus compañeros y lo que le pertenecía de mí soldado.

—Y después, ¿qué? Nos arrestarán porque os hemos ayudado.

El tiempo urgía. Todos sabían que cada minuto que pasaba era precioso. Si se detenían, estaban perdidos, porque les encontrarían con Julia y si la llevaban consigo, otro tanto ocurriría. El dilema era terrible, y ciertamente no contribuía

a resolverlo la apasionada súplica de los amantes de que no los separasen.

Sin embargo, cuando se decidieron a aceptar a Julia ya era tarde. Por el camino resonaban los ladridos de los perros siguiendo su pista, el entrec chocar de las armas de sus persegutores, sus gritos, las llamas de las antorchas que iluminaban sus huellas...

—¡ Pronto! ¡ Aprisa! ¡ A las carretas!

Leandro cogió en sus brazos a Julia y la subió al pescante de su carro. Entonces comenzó la huida terrible.

Los comediantes hostigaban a sus caballos que galopaban vertiginosamente, botando en los baches, sacudiendo a sus conductores, pero era inútil. Cada vez sonaban más cerca los ladridos. Sólo el conocimiento de su muerte cierta les obligaba a azotar a los caballos y...

Les alcanzaron unos jinetes. Matamoros cayó atravesado por una saeta y Tyran por una lanza. Pronto únicamente se escucharon los gemidos de los moribundos.

Julia y Leandro consiguieron momentáneamente eludir a los caballeros, pero, como los caballos estaban exhaustos, fueron apresados.

—¡ No! —gritó Julia cubriendo

con su cuerpo el pecho de Leandro al ver que le apuntaban con las ballestas—. ¡ No tiene la culpa...!

Su protesta se extinguió en los labios. Leandro cayó del pescante herido por un balleistazo que le atravesaba el pecho; en el suelo los soldados le remataron con las conteras de sus lanzas.

Pero antes de morir, la joven pudo oír que su voz decía con la fuerza de un último suspiro, suave y penetrantemente:

—¡ Julia!

Y el sonido de esta voz tuvo eco eterno en el alma de la señorita de Maupré.

—¡ Diablos! —exclamó Latouche, sin atreverse a mirar a su hija, seguro de que está llorando.

—Es una historia muy interesante —asegura ésta, con tal acento de sangre fría y de interés que asombra a su padre—: Y usted la explica muy bien, Anthelme.

—¡ Oh, señorita...! —dice ésto, muy halagado.

—Tiene razón mi hija —afirma el nuevo rico—. Podía usted ganar una fortuna escribiendo esas cosas.

—¡ No seas tonto, papá! Son historias muy enternecedoras, pasadas, antiguas como esta mansión, con la que también concuerdan. Es algo que se tiene que vivir y oír

aquí, es algo inseparable y que Anthelme jamás vendería...

—Eso es, señorita.

El criado abre la puerta de una habitación de hermosas proporciones, pero atestada de muebles viejos, instrumentos, juguetes, armas, trajes, etc.

—¡Oh, qué habitación más curiosa!

—Para ésta sí que no habrá una historia, ¿verdad? —pregunta con sorna Lacouret.

—Sí, señor, la tiene.

—Entonces, explíquela, Anthelme, si no se fatiga de hablar, mientras descansamos de tanto subir y bajar escaleras.

HISTORIA DE HUBERTO de X

El fuego crepitaba agradablemente en la hermosa sala del castillo de Maupré aquella fresca tarde de otoño. El Obispo de Maupré estiró sus fatigadas piernas hacia las llamas, contemplólas absorto un instante y concluyó su narración, exclamando:

—Uno de nuestros sirvientes cuenta que desde tiempo inmemorial, cada cien años, en la misma época, hay un drama de amor en el castillo de Maupré...

—Vaya, Monseñor —dijo Humberto, que había seguido atentamente el relato—, ¿creéis en fantasmas?

—Ni pensarlo, hijo mío, sólo creo en los milagros y aun únicamente en aquellos confirmados por nuestro Santo Padre el Papa.

Humberto se volvió. Un criado mantenla respetuosamente inclinada su cabeza y anunciaba:

—Las costureras de la casa Regina acaban de llegar. La señorita suplica a Monseñor y al señor Conde, tengan la amabilidad de ir a ver su traje de novia.

Antes de pasar más adelante es necesario aclarar la situación de Humberto en el castillo de Maupré, y dar algunos datos acerca de su persona.

Humberto, conde de X., procedía de una de las familias más linajudas de Francia. Por una rara casualidad del destino se parecía extraordinariamente a Leandro, el farsante que se enamoró de Julia de Maupré, aunque adecuadamente vestido según las exigencias de su rango y de su época. Era teniente, recién salido de la Academia de Saint-Cyr, más por tradición que por vocación propia. Sin exageraciones, se podía afirmar que era el prototipo del joven romántico. Atormentado, impaciente, bajo un exterior de fría corrección domina-

ba los impulsos volcánicos de su exaltada naturaleza y aceptaba resignado la prueba decisiva que le imponía el destino y que era la causa de su presencia en el remoto castillo: su boda con Leonor de Maupré.

Esta boda, como la inmensa mayoría de los enlaces matrimoniales de la aristocracia francesa, estaba proyectada desde antes del nacimiento de los dos interesados en ella. La idea de que un día habían de ser marido y mujer no había logrado disipar o quebrar una infranqueable y sutil barrera, como de cristal, que se interponía entre ellos y el amor. Una amistad convencional era lo único que existía entre ambos jóvenes y ni la belleza de Leonor ni la sensibilidad de Humberto habían tenido fuerza para crear un lazo más fuerte, aun cuando sólo fuera el de un cariño fraternal.

Faltaban dos días para su matrimonio y su existencia era la misma que la de siempre, con gran desesperación de ambas familias que, si bien deseaban entroncar por motivos más o menos prácticos, no por eso ansiaban para sus vástagos la mayor dicha posible.

Por los motivos sobredichos, Humberto esbozó, para borrarlo rápidamente, un gesto de contrariedad y de hastío. Monseñor de

Maupré advirtiéndolo y su humana comprensión de director espiritual se sintió herida. Para distraer el ánimo del joven de los molestos pensamientos que sin duda reinaban en él, también se puso en pie y preguntó con buen humor:

—¿Yo también?

—Sí, Monseñor.

El Obispo se encaró con Humberto:

—Decididamente, nunca podré llegar a comprender a las jovencitas. Ya veis, hijo; juzgad vos mismo. ¿Pretenden que opine sobre trajes de novia...! ¿Yo!... ¡Oh!...

En la habitación de Leonor, que desde tiempo inmemorial era la alcoba de las señoritas de Maupré, durante sus estancias veraniegas, estaba materialmente atestada de cajas, trajes, modistas y doncellas que se movían activamente, buscando lo pedido y acudiendo al lugar indicado por la oficiala modista. Sentado en un sillón que dominaba la escena estaba el barón de Maupré, sin que su cara inexpresiva diera la menor muestra de contento o desagrado.

Leonor, bella muchacha de diecinueve años, soportaba con la paciencia exclusiva de las mujeres en casos semejantes el tormento de la primera prueba, definitiva, dada la urgencia de su boda, del traje nupcial.

Todos hicieron una reverencia al aparecer el Obispo y Humberto. El prelado dióles su bendición y avanzó hacia Leonor que permanecía inmóvil con los brazos en alto, como un maniquí.

—Continuad, continuad, hijas mías —y refiriéndose al vestido, añadió—: Es admirable. Una verdadera obra de arte.

—¿Vos qué decís, Humberto? —preguntó su prometida, al advertir que guardaba silencio.

—Estáis preciosa, Leonor.

El barón se removió en su asiento y dirigiéndose a su hermano, gruñó, pues la gota no le permitía hablar de otra suerte:

—Le decía a Leonor que... ¿A vos no os parece que la cintura está un poco alta?

El prelado estudió la parte indicada y sonrió. ¡Qué cosas tenía que contestar!

—A mí me parece que no.

La oficiala aprovechó la ocasión para soltar su ágil lengua.

—No, señor barón, no digáis eso. La moda concreta mucho en este punto —dijo clavando un alfiler en la parte discutida—. La cintura se lleva más alta de lo natural.

—Puede que no esté equivocada —aprobó el Obispo.

—Un poco alta, sí... —concedió el barón, vencido por la unanimidad de las opiniones—. En fin, ya

que todo el mundo piensa igual no digo nada más, ni quiero pensar en ella.

Leonor se fijó en que Humberto apenas hablaba. Estaba algo irritada por su indiferencia.

—¿Habéis hecho buena caza, tío?

—Buena caza para mí. Gracias a Dios, nada he matado.

—Monseñor me ha hablado de las leyendas de amor de Maupré.

Al oír esta palabra, estando muy lejos de conocer la situación que creaba la boda de los dos jóvenes y el verdadero afecto que existía entre ellos, la parlanchina oficiala, exclamó:

—¡Oh, las leyendas de amor! ¡El amor! ¡El amor! ¡Perdón! —suplicó al percatarse de que todos la escuchaban sorprendidos de sus arrebatos—. ¿Tenéis la amabilidad de levantar los brazos, señorita?... Gracias.

—Decidme, Humberto, ¿mi tío os ha contado el flechazo que es de rigor aquí cada cien años, en el momento del drama, con amor trágico, suicidio y todo lo usual?

—Monseñor no me ha ocultado nada.

El Obispo le amenazó cariñosamente con la mano:

—¡Oh, parlanchín! No os contaré ya nada más.

La oficiala detuvo el ir y el venir

de sus rápidas manos y dirigiéndose a Leonor, suspiró:

—A propósito de flechazos. Fíjense que el otro día yo... ¡Perdón!... ¿No os molestan las mangas, señorita?... ¡Son divinas las mangas de farol! ¡Son tan femeninas, tan caprichosas!

—Creedme, Humberto; no hagaís mucho caso de lo que os diga mi tío. Sólo gusta de las historias de amor.

—A mí también —interrumpió la oficiala y a continuación se dio un manotazo en la boca.

—En cambio, te diré una cosa —dijo el Obispo—. A ti no te gustan mucho, Leonor, y a tu prometido tampoco.

—¿Os atrevéis a decir eso dos días antes de nuestra boda?... Es una provocación, Humberto.

El aludido continuó impasible, como si sólo se tratara de un rápido intercambio de frases alegres, y no de una cuestión vital que corría oculta, como una corriente subterránea, bajo la aparente amabilidad y galantería.

—Monseñor de Maupré bromea. El sabe el serio afecto que nos une.

—Justamente, la seriedad de nuestro amor es demasiado moderna para él. El hubiera preferido una gran pasión, una muerte trágica... lo mismo que en los dramas de Víctor Hugo.

La oficiala exhaló un ridículo chillido. ¡Aquellos enamorados tan incomprensibles no sabían que...! ¡Oh!...

—¡No habléis mal de los dramas de Víctor Hugo, señorita! Para un ser apasionado como yo, hay en "Hernani", por ejemplo, algo que me... algo que me... —pero esta vez su intervención fué acogida con una mirada fulminante— ¡Oh, perdonadme!... No me doy cuenta... ¿Tendríais la bondad de dar unos pasos, señorita, para ver el conjunto? ¡Adorable!... No hay otra palabra: ¡Adorable!

Así era en efecto el aspecto de Leonor, que, orgullosa de las oficiosas alabanzas de la oficiala, levantó la cabeza y se dejó contemplar por todos. Mas una mirada sólo reposó un momento en ella, para abandonarla inmediatamente: la de Humberto.

Leonor, al moverse conforme quería la modista, descubrió a una modisilla oculta hasta entonces por la gran falda de su vestido. Era bellísima y en su rostro se pintaba una tristeza que cautivó a Humberto. Algo le decía que en aquella muchacha residía un alma gemela de la suya, hambrienta de cariño, para la que, en aquellos preparativos solemnes y lujosos, había un significado más hondo y que jamás le sería dado alcanzar.

Como por una energía superior y desconocida ambos jóvenes se sintieron apartados de lo que ocurría en la alcoba. Fue como si un gran silencio les rodeara y de pronto fuera rasgado por una armonía desconocida procedente de sus corazones. Y se esfumaron el contorno y la presencia de todos y de todo para no existir más que aquella mirada que como un lamento los encadenaba uno al otro.

En la memoria de Humberto se presentaron las frases de las leyendas contadas por el Obispo, en las que como un ritmo, de siglo en siglo, se presentaba la fatalidad para romper el equilibrio de las almas y retorcerlas con una trágica risa grotesca. Un temblor estremeció sus miembros. ¡Qué hermosa era la modisilla! La habla esperando siempre, siempre y ahora aparecía, cuando ya era tarde, cuando todo era inevitable. ¿Sería verdad que pesaba una maldición...?

Pero la realidad existía y su héroe principal era la charlatana oficial, cuya voz le llegaba a través de la niebla de sus pensamientos y sentimientos caóticos.

—Con un traje así, no hay que dudar en casarse. Yo no dudaría ni un instante... Me casaría, sólo por el placer de lucirlo... Si tuviera que calificar ese miriñaque, diría

que es muy romántico. Sí, eso es, muy romántico.

Humberto se sintió crispado por aquella voz y más que por su sonido, por lo que decía. Y con más insistencia buscó refugio en las pupilas de la modista que no cesaba de mirarle.

—¿Y si le hiciéramos una pequeña, una insignificante pinza en la cintura? ¡Eso es! Aquí. Exactamente lo que requería. ¡Julietta!... Dame los alfileres. Por nada del mundo quisiera perder la medida, porque así queda admirable, pero dos centímetros más abajo, quedaría extremadamente vulgar.

Se volvió impaciente a su ayudante y la habló abstraida en la contemplación... ¡Oh, horror! ¡Estaba mirando al señor conde, al prometido...!

—Julietta... —gritó perentoria— trae los alfileres.

Obedeciéndola la muchacha y cogió la caja en que se guardaban, pero no pudo contener el impulso de tornar a contemplar a Humberto y tropezó, esparciendo por el suelo los instrumentos pedidos.

—¡Oh! Pero, ¡qué torpe eres! Eres la más torpe. Estás siempre soñando. Yo también, pero nunca hago nada al revés. Amanda, dame los alfileres, por favor.

—Voy, Madame.

Julietta, avergonzada, recogió

nerviosamente los alfileres caídos, con tan mala fortuna, que se pinchó en un dedo. Mientras se lo chupaba, dirigió sus ojos a Humberto y éste le sonrió. ¿Qué femenina era! Necesitaba, sin duda, protección y amor, sobre todo amor; desvelaba en él unas desconocidas sensaciones, una capacidad enorme para enfrentarse con el mundo entero y luchar contra él, para defender a la indefensa muchacha.

Se inclinó y la ayudó. Sus manos tropezaron y ya no tuvieron valor para seguir su tarea. Avergonzados, Julieta prosiguió rápidamente su busca, mientras que Humberto se ponía en pie, asustado de sí mismo.

Dos pares de ojos perspicaces habían advertido esta escena. Los del Obispo y los del barón de Maupré y los de este último no auguraban nada bueno.

Humberto tenía necesidad de huir de aquella estancia para poder ahondarse a sí mismo; no obstante, su educado sentido social se impuso y aguardó con impaciencia a que concluyera la prueba.

—Lo maravilloso del brocado es la caída que tiene —parloteaba la oficiala—. Podéis estar convencida, señorita, de que vuestro traje es de última moda. S. A. R. la duquesa de Nemours, nos ha concedido el honor de encargarnos uno casi

igual, pero en azul, naturalmente, y sin velo.

El Obispo se aproximó a Humberto y le puso la mano en el hombro. Humberto se estremeció e hizo un esfuerzo para no volver a mirar a Julieta. El prelado, por vez primera, barruntaba que la leyenda iba a tener visos de realidad y quería que el contacto de su mano apaciguara a Humberto y le transportara al terreno de su deber.

—Dad unos pasos más, por favor... Os aseguro, señorita, que estoy satisfechísima del miriñaque. Sí, satisfechísima; la forma es clásica y tiene un no sé qué verdaderamente original. Muy bien. Perfecto. ¡Precioso! Estoy admirada.

La prueba del traje de bodas había terminado y comenzaba la verdadera prueba: la de dos coraxones que combaten por no verse apartados y dominados por las convenciones sociales.

.....

—Descanse un poco, Anthelme.

—No lo necesito, señorita. Esta historia, aunque es más breve que la anterior, me gusta más. No hay tanta sangre, pero sí un mayor tormento espiritual en ella. Naturalmente, tiene un final trágico, más, ¡es tan dulce, sin embargo!

Lacourret se pasea por la estancia bastante inquieto. Aquellas historias le atacan los nervios, pero está

interesado. Al fin y al cabo, poseer un castillo, con leyendas y todo, es algo que no está al alcance de todo el mundo. Coge una lanza arrimada a un rincón y vuelve a sentarse, apoyándose en ella como si fuera un báculo.

—Siga, Anthelme, siga.

—La continuación es bastante desagradable mirado desde el punto de vista moderno y casi increíble; para dar crédito a este hecho histórico, se ha de tener en cuenta la época, el estado y la delicadeza de las almas y que la pobre Julieta estaba sola en el mundo y había puesto muchas esperanzas en aquella ocasión que se le escapaba...

—Siga, siga, que ya veremos todo eso y nos haremos cargo de todas las circunstancias posibles o imposibles.

—Pues, señores...

.....

Mientras los señores de Maupré y sus invitados cenaban, o habían terminado ya de hacerlo, y sus compañeras y su jefe se habían retirado a las habitaciones asignadas para descansar, Julieta que aunque soñadora tenía unas manos de ángel, como se dice vulgarmente, para las labores más delicadas, daba el último repaso al traje nupcial de Leonor.

La alcoba estaba silenciosa y nada más se oía el crepitar del fuego.

La mente de la muchacha revivía los momentos inolvidables pasados aquella misma tarde y sentía un intenso dolor, mezclado con un poco de envidia, al pensar que el traje que sus manos refinaban estaba destinado a cubrir otro cuerpo que el suyo y que sería acompañado por un hombre maravilloso, tal como siempre soñara.

Suspiró, salió de su abstracción y colocó el vestido sobre el lecho. Ya estaba terminado todo. Al día siguiente, tras la ceremonia, se alejaría para siempre de aquel castillo, en donde barruntara tanta felicidad.

Lo que más la dolía era apartarse de Humberto y no poder lucir el blanco vestido a su lado. Este pensamiento se repetía, se repetía sin cesar en su imaginación, hasta hacerse doloroso. De pronto tuvo una inspiración y corrió hacia el lecho. Ya que no era la dueña del vestido ni la novia, cuando menos sería la primera en vestir el traje nupcial, aunque, según dijera la gente, tal cosa trajera mala suerte.

Con el corazón palpitante por su pequeña traición, apresuradamente se puso el vestido, teniendo el alma en un hilo por el temor de ser sorprendida.

¡Ya estaba! Cogió el único candelabro encendido y con él se acercó al gran espejo. Contemplóse

sonriente unos instantes, pero poco a poco su alegría fué desapareciendo, para dar paso a una gran tristeza. No pudo más. Apagó la bujía y lloró amargamente al pie del espejo.

Julietta no se percató de que el tiempo volaba. El dolor no se mide por el tiempo y ella se sentía presa de una angustia terrible, que le estrujaba el corazón como una tenaza candente, hasta hacerla imposible la respiración.

Alguien tocó la cerradura de la puerta. Julieta contuvo su llanto y avanzó hacia el lecho:

—¿Quién es?

Era Humberto que la había buscado por todo el edificio, hasta sospechar que se hallaba allí. Esforzándose en horadar con su mirada las tinieblas, apenas disipadas por las llamas del hogar, llegó hasta el blanco bulto que formaba Julieta.

Ella lanzó un grito de espanto. Su osadía iba a ser descubierta, precisamente por quien menos debía saberla.

—No temáis —suplicó Humberto.

—Os ruego que me perdonéis, señor. No os he oído llegar... Estaba sola y arreglaba las ropas.

—¿A oscuras?

—Acabo de apagar la luz. Ya me iba.

Humberto cogió un candelabro y lo encendió en la chimenea.

—¿No! No iluminéis.

—¿Por qué no queréis luz? —replicó suavemente el joven, extrañado de su inquietud—. Os perderéis sola por esos pasillos tan oscuros... Además, deseo veros, ¿subéis?

La llama del candelabro iluminó plenamente a Julieta.

—¿Oh, qué traje tan precioso!

La joven corrió impulsivamente hacia él y suplicó con un ardor, que la asombró de nuevo:

—No lo digáis a nadie, os lo ruego, señor. Ya sé que no debí hacerlo, pero os aseguro que sólo ha sido por unos minutos. ¿No diréis nada, verdad, señor? Me despedirán.

Humberto sintió que una inmensa ternura la invadía. Al mismo tiempo, una pasión inexplicable hizo presa en él. Cogió las manos de la muchacha entre las suyas y notó que temblaban.

—Ese vestido os sienta mejor a vos que a nadie en el mundo.

—No digáis eso, señor. Es el traje de vuestra novia —intentó libertar sus manos—. Voy a otra habitación a quitármelo y lo devuelvo en seguida. ¿Me permitís, señor?

—No... no os vayáis.

—Pero, señor...

Humberto avanzó hasta ella y sus cuerpos se rozaron.

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Julieta.

Esta coincidencia enmudeció a Humberto. Casi instintivamente se acordó de la leyenda del comediante y de Julia.

—¡Julieta!... ¡Qué extraño!

—¿Qué es extraño, señor?

El joven luchó por sobreponerse a su emoción. La leyenda se cumplía con una precisión casi matemática, pero ya cuidaría él de que su desenlace fuera feliz.

—Pues... que estéis aquí, delante mío, que os llaméis Julieta y... que me sienta tan feliz.

—Pero, señor...

Mas nada, ningún deber, ningún motivo, podían refrenar ya a Humberto. Consciente de la fatalidad del destino se entregaba a él por entero.

—Cuando os pinchasteis en el dedo, sonreísteis. ¿Sonreiréis así a muchos jóvenes?

Esta pregunta hizo aparecer la sonrisa en Julieta. Ambos estaban turbados y dispuestos a franquear todas las barreras.

—No sé, la verdad. En todo caso, no siempre me pincho en el dedo.

—Y habéis dejado caer todos los alfileres por el suelo...

—Vos me mirábais... y yo no sabía lo que me pasaba. Tuve vergüenza.

—Lo siento mucho, porque continuó mirándoos.

Humberto la cogió entre sus brazos, mientras que Julieta hacía un movimiento de retroceso, que fue detenido con firmeza por el joven.

—¿Oh, señor! Os lo suplico. Si dejas caer la bujía, se apagará y no nos veremos.

La amenaza pareció surtir efectos, pues Humberto la soltó.

—¿Os quedaréis mucho tiempo en el castillo?

—Hasta... hasta vuestra boda.

Callaron. Aquella afirmación y la palabra que la acompañaba cortaba la ligadura que los iba uniendo. Pero Humberto logró hacer desaparecer la vaga molestia.

—¿Qué bella sois, Julieta!

—No os burléis de mí, señor. Soy una insignificante costurera, vos sois un gran señor y vais a casaros... Creo que no habéis hecho bien en sonreírme. Dejadme que vaya a cambiarme de vestido.

—No, no; todavía no... Me parece que si salierais de esta habitación no os vería nunca más. En este castillo hay demasiado ruido, mucha luz, gente que ha venido para mi boda. Si os marcháis ahora estoy seguro de que vais a desvaneceros y me encontraré muy solo toda la vida. ¿Estáis segura de que no estamos soñando?

—Pues claro. Cuando me he pinchado en el dedo hace poco me he hecho daño.

Humberto se inclinó y la besó. La muchacha se entregó dulcemente al abrazo y el joven sintió una exultación inmensa. Se echó a reír lleno de felicidad, cogiendo la barbilla de Julieta entre sus dedos y obligándole a levantar la cara.

—Pero, ¿quién vais?

—Una joven del Pasaje de Saint-Antoine, una empleada de la modista Regina... pero no lo seré por mucho tiempo si me descubren en vuestros brazos.

—¡Julieta!... —protestó Humberto.

—Habéis hecho mal en abrazarme. ¿Veis?, me ha caído la bufía y ya no sé lo que hago.

—Decidme, ¿vos creéis que puede verse a una persona un segundo y... volverse loco y amarla locamente?

—Me lo he estado preguntando toda la noche, mientras cosía uno a uno los botoncitos de este traje.

—¿Qué extraño!

—¿Qué es lo que encontráis extraño?

Humberto acercó su rostro al de ella y le murmuró muy bajito, como entregando su alma:

—Yo creo que os amo.

Anthelme se detiene perplejo y

estudia las facciones de sus dos oyentes.

—¿Qué pasa? —pregunta Lacouret.

—Verá usted, señor. Hay una parte en esta historia que no está bien determinada. Y es la que atañe a qué obligó al conde Humberto a contraer matrimonio con Leonor. Sobre este extremo la familia de Maupré siempre guardó un religioso silencio; sin embargo, hay quien opina que el Obispo se enteró del amor del joven con Julieta y atajó el mal rápidamente haciendo una llamada al sentido común de la modistilla; otros, quizás más noveleros, estiman que a última hora Humberto escuchó la voz de su deber y cumplió la palabra empeñada.

—Estos últimos —contestó irónicamente Lacouret— son, sin duda, los que se equivocan. El deber, amigo mío, cuando hay dinero de por medio...

—Por favor, papá —exclama Julieta—. No todos piensan como tú y no siempre han sido los sentimientos elevados una cuestión de finanzas.

—Tal vez me equivoque, Julieta, pero me asiste la experiencia.

—Perdone el señor, pero no todos los tiempos han sido iguales, como dice la señorita, además de que ambas partes, en el caso presente, estaban respaldadas por una

sólida fortuna. Si conociera la aristocracia como yo...

—Precisamente, por ello, porque la conozco, hablo como hablo.

—Esta discusión es inútil. Prosiga usted, Anthelme.

—Sea cual fuere el motivo, el caso es que...

... La capilla del castillo de Maupré contenía a lo más distinguido de la aristocracia francesa, a pesar de la molestia que significaba tener que desplazarse a aquella apartada región.

Estaba adornada espléndidamente y en el coro sonaban los acordes de los violines y el órgano, mientras que unos cantantes escogidos por su fama, entonaban una marcha nupcial.

Monseñor de Maupré lanzó un suspiro de alivio al ver entrar del brazo, entre un murmullo de admiración, a Leonor y a Humberto. Aquella llevaba el ya descrito traje de novia y el joven lucía su uniforme de gala. Formaban una hermosa pareja y el Obispo daba por bien empleados todos sus desvelos, encaminados a que el enlace se realizara, y que ahora iban a tener un digno fruto. Y su alma se elevó agradecida en oración de gracias al Señor.

Humberto y Leonor se arrodillaron en los ricos reclinatorios, que

habían sido testigos, durante siglos, de innumerables bodas. Y el Obispo se aproximó a ellos, haciendo una indicación al monaguillo portador de la bandeja en que reposaban las alianzas.

Mientras Monseñor de Maupré bendecía los anillos, Humberto estaba en un estado de ánimo semejante al condenado que firma con su propia mano su sentencia de muerte. Como a través de una pared acolchada llegaban a sus oídos las palabras rituales:

—Benedice, Domine, Annulum hunc, quem nos in tuo nomine benedicimus, ut quae cum gestaverit...

Como un autómatas hacía los movimientos necesarios para no desdorar la ceremonia. Su educación social, su segunda naturaleza, le dictaba sus actos.

Leonor, viendo colmadas sus ambiciones en aquel momento, no se percataba de la anormal imposibilidad de su novio. Otra cosa ocurría por lo que respecta al barón y al Obispo, que conociendo el carácter exaltado del conde, sentían suspenidas de un cabello sus suertes. Pero éste había llegado a una atonía tan grande que ni sentía, ni pensaba, ni apenas se acordaba de la causa de su dolor: de Julieta.

Entregó el anillo a Leonor y se puso el suyo.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: así sea, Hijos míos... La dichosa unión de dos grandes familias, a la cual el cielo nos otorga el asistir hoy, es un acto digno y alentador que nos ecabarga de dulce y dichosa emoción...

... Julieta no pudo soportar por más tiempo la soledad y el apartamiento a que estaba confinada. Presa de una súbita decisión, salió de su cuarto, corrió por los pasillos, bajó por las escaleras y penetró en la capilla, sintiendo que el corazón le palpitaba débilmente, que la sangre se agolpaba en sus venas y que las sienes parecían que iban a estallar.

Sin percatarse de que su presencia era inconveniente y que todo el mundo la miraba extrañado de sus ojos desorbitados y de su intensa palidez, se abrió paso entre los invitados, tropezando y vacilando, hasta que llegó a un lugar desde el cual le era posible dominar el altar.

Y llegó, precisamente, cuando terminada la ceremonia Monseñor de Maupré pronunciaba su sermón.

Lanzó una mirada desesperada a los esposos y se desplomó yerta. Un gran revuelo se produjo entre

los espectadores de su caída. Un criado de Humberto, ayudado por otro del castillo, la sacó al exterior, procurando no alarmar a los huéspedes y no contrariar el final dichoso de la boda.

La depositaron en un banco del patio e inmediatamente fueron rodeados por los curiosos. El criado de Humberto tomó el pulso.

—Pero, ¡si está fría! Hay que ir a buscar a un médico.

Ya era tarde. Julieta había dejado de existir con el corazón destrozado por el dolor de perder su amor. Su alma soñadora no pudo enfrentarse con la realidad y había huido a una región mejor.

Leonor y Humberto pasaron bajo el puente formado por las espadas de sus compañeros y subieron al coche que les había de llevar a su luna de miel. El criado hizo una seña a Humberto; después, se le aproximó:

—Julieta ha muerto, señor conde.

Humberto saludó maquinalmente a los invitados con la mano, sin que su faz expresara su intensa desesperación. Y el coche se puso en movimiento.

La leyenda se había cumplido...

SEGUNDA PARTE

Capítulo I

Los motivos del señor Lacouret

—El joven Humberto emprendió un fantástico viaje de novios, junto a la esposa que no amaba, pero jamás pudo olvidar a la costurera de la Casa Regina. Vivió muchos años, fué colmado de honores y riquezas y durante toda su vida fué muy desgraciado.

—¿Y el Obispo? —pregunta son interés Lacouret, con gran asombro de Julia y Anthelme que esperaban otro comentario.

—Parece que murió muy santamente a edad muy avanzada.

Julia da unos pasos por la estancia curioseando los muebles viejos y baúles desechados.

—¿Y a qué se destinaba esta habitación?

—A nada importante. En 1369 era la alcoba de la señorita. Después guardaban aquí los baúles de la ropa. Ultimamente han descuidado mucho esta habitación.

—¿Qué maravilloso! Escucha, ¿también has adquirido esto, papá?

—Sí, todo, todo. Lo he comprado todo, incluso el polvo.

Julia levanta la tapa de un baúl y en primer término encuentra un

precioso velo, que se coloca sobre la cabeza.

—¡Qué preciosa es esta mantilla! Creo que vendré a menudo aquí. Debe ser emocionante registrar todo esto.

—Te enfriarías, hijita.

—Naturalmente, señor. Estamos en septiembre y hace cien años que no calientan estas habitaciones.

Lacouret se estremece y encoge su chata nariz. Deja la lanza y exclama:

—¡Hace cien años! ¡Caramba!... Ahora, muéstreme a mi hija las demás habitaciones —tose y vuelve a estremecerse—. Dios quiera que no haya pescado un microbio de la época. Me imagino que debían ser unos microbios terribles.

Julia ríe y continúa escudriñando interesada las reliquias de otros tiempos. ¡Qué interesante es todo! A cada nuevo hallazgo parece que se despierta, para herir su ávida imaginación, el espíritu del pasado. No se apartaría de allí jamás.

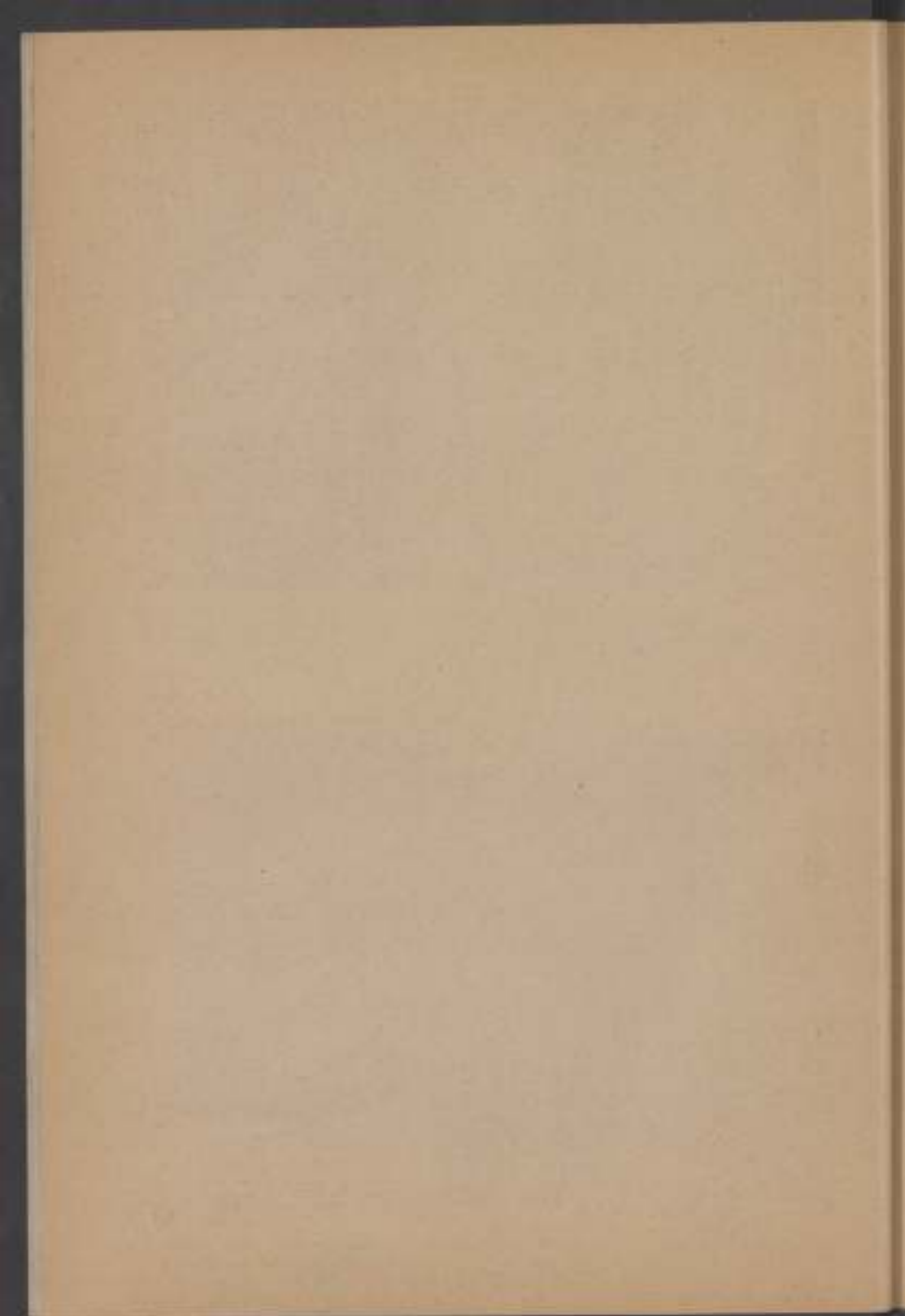
—Si la señorita quiere seguirme, visitaremos las demás habitaciones.



Cosa sorprendente, el duro y frío financiero, cuyo poder hacía temblar a las más sólidas fortunas, titubeaba, sin decidirse a expresar su ambiciosa idea.



Y, siguiendo el inspirado ardid, se alejaron insensiblemente de las paredes hasta poder hablar con la naturalidad y alegría deseada.

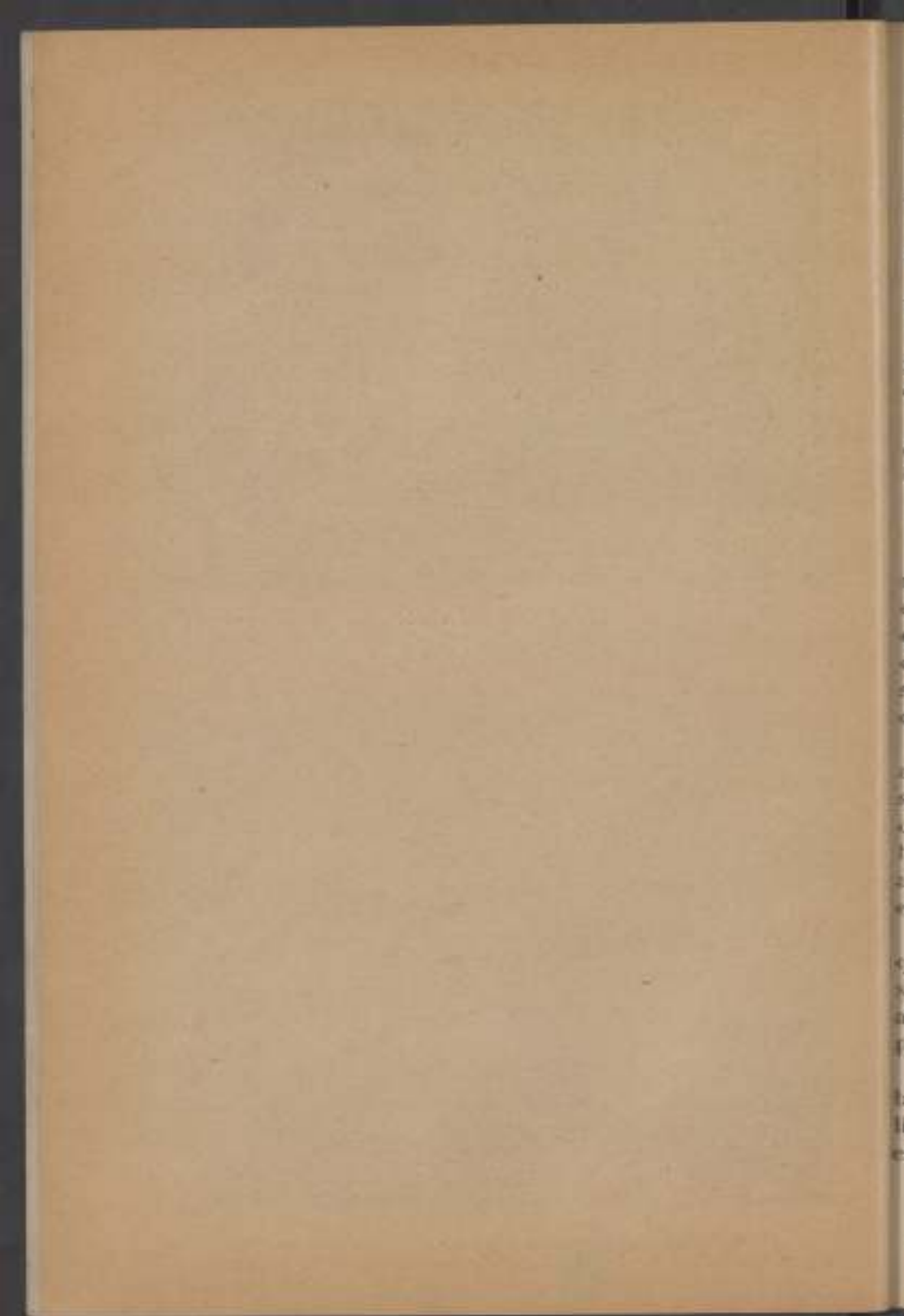




No, no podía ser, no sería, aunque las sonrisas de los labios demostraran lo contrario. No en vano, habían aguardado durante tanto tiempo aquel segundo.



¡Adiós! ¡Qué difícil resulta a veces una frase tan sencilla! Adiós, puesto que en ella les iba lo más valioso, lo más dulce de sus existencias.



—¿Aun quedan muchas? —indaga espantada.

—Quedan cincuenta y tres, señorita.

Lacouret se vuelve y mira a su hija riendo.

—¿Ah, bien! Pues si a usted le parece, las visitaremos poco a poco, en varios años, ¿no?

—Como a la señorita le plazca. ¿El señor me permite que me retire un momento?

—Sí, Anthelme.

—Muy bien, señor.

Desaparece el criado, dejando maravillado de sus maneras a Lacouret, que no es precisamente lo que se llama un hombre bien educado. En cuanto se ha marchado, se siente más libre sin su presencia que se le antoja fiscalizadora.

—Tu padre tendrá de ahora en adelante, un ayuda de cámara que se llamará Anthelme —dice frotándose las manos—. ¿Eh? ¿Quién lo hubiera dicho hace solamente diez años! Y lo he adquirido junto con el castillo, ¿sabes?

—Pero, ¿qué idea te dió de adquirir este castillo, papá! Porque sólo viviremos aquí dos meses al año —termina, alarmada de que pueda equivocarse.

Su padre la coge del brazo y ambos salen y bajan por la gran escalinata interior del castillo. Lacouret está preocupado: ha llegado el te-

rrible momento de las explicaciones y teme que si ardece a darlas, todos sus planes se verán desbaratados.

—Te explicaré, hijita. He llegado a una edad en que para un financiero... digamos, audaz, por no emplear otra palabra, es necesario cambiar de táctica. Sí, hija mía, los tiempos cambian; ya no estamos en la postguerra. Hoy, para que un financiero inspire confianza debe tener un pasado digno y glorioso.

Julia se detiene al pie de la escalinata y contempla a su padre con un aire entre hurlón y sorprendido. Aquellas aspiraciones son desconocidas para ella. Su padre ha sido siempre como una especie de polvorín en llamas, que nunca se sabe por dónde estallará.

—¿Y tú quieres crearte este pasado, papá?

—Sí, claro, en lo posible. Quiero ante todo, probidad... —nota que esta palabra suena a falso—. ¿comprendes? ¿Qué se le va a hacer, está de moda! ¡Hay que inclinarse! ¡Dignidad y moralidad son la fórmula del porvenir! Espera aquí. Ahora te darás cuenta de que tengo disposiciones... No, aquí no se ve bien. Aquí, fíjate.

Colocada a su gusto la muchacha, adelanta unos pasos y se quita la gorra, mientras señala a un rincón del gran salón de ceremonias. En él está colgado un retrato del

Monseñor de Maupré con el que guarda un asombroso parecido. Pero Julia, a propósito o inadvertidamente, no adivina la intención de su padre y le mira asombrada, mientras aquél habla.

—¿Me preguntabas por qué había adquirido este castillo? Pues bien, fíjate. Fíjate por qué he comprado este castillo...

—¿Es por el radiador? ¿Porque hay calefacción?

—No, hija mía. Fíjate allí —dice señalando manifiestamente al retrato y subiéndose al brazo de un sillón, pegándose cuanto puede a la pintura para que resalte la semejanza.

—¿No ves nada de particular? ¿Y el cuadro?

—¿Ese hombre?

—Pero, ¿no ves que es un Obispo? ¿Aun no te das cuenta de nada?

Julia cada vez está más perpleja. Su padre no parece bromear, es más; está preocupado, como lo dice el temblor nervioso de su boca.

—Pues... pues que está al óleo.

—¿Qué más?

—¿Es muy caro?

Lacouret se consume de impaciencia. No reconoce a su hija, tan perspicaz siempre y tan torpe en este momento. Se quita las gafas y se acerca al cuadro hasta apoyarse en él.

—No, no es eso lo que te pregunto... ¿Qué más?

—¡Dilo de una vez!

Lacouret traga saliva y se decide avergonzado.

—¿No te parece haber visto esa cara antes de ahora?

—¿En dónde?

—Sobre mis hombros... ¿No ves que se me parece bastante? ¿No parece que sea mi hermano? ¡Oh, di! —estalla, finalmente, advirtiendo las negativas de su hija.

A Julia le sabe mal dar un disgusto a su padre y no confiesa que no halla nada de particular, ni de innegable en la semejanza. Pero, ya que se empeña, una pequeña mentira y todo se arregla:

—Un pariente lejano, todo lo más.

—Escúchame bien, hijita —suplica lloroso Lacouret, sin abandonar su incómoda postura—. ¿no te da mucha pena darle un disgusto así a tu pobre papá? Ese obispo, fué el Obispo de Maupré. Es el mismo que se vió mezclado en el drama de amor. Es mi propio retrato. Yo creo que... que parezco un pariente tuyo. ¡Si he adquirido el castillo sólo por eso!

—¿Quieres parecer una anticualla, papá?

Pero el nerviosismo de Lacouret ya está exacerbado. A punto de de-

cir o cometer una barbaridad, oculta su bigote con el dedo y dice:

—No; lo que molesta es el bigote —Julia hace señas negativas—. No; pero fíjate sin el bigote, porque...

Lacouret malhumorado hafa de un salto del sillón y se mete las manos en el bolsillo. Da unos pasos impacientes y se para ante su hija.

—Hoy tendrás un mal día, porque es imposible...

A él el parecido se le había antojado extraordinario y fué una sorpresa reservada hasta entonces para su hija. Mas ante sus negativas está desazonado y sin el entusiasmo primero. Casi se arrepiente de haber comprado aquella propiedad.

—Sin el bigote, puede ser; pero, la verdad, papá: no te pareces mucho.

Lacouret exhala un bufido y desaparece de su vista, para desahogar su desencanto y malhumor por el jardín que recorre a grandes zancadas.

Por la tarde, Lacouret está leyendo el periódico, no repuesto todavía de su desilusión matinal. Naturalmente, lee las finanzas que no le dicen nada nuevo. No está de temple para pensar en juegos de bolsa ni mucho menos en sus negocios. Otro gran problema ocupa su mente y por más que quiere, sin

duda debido a su nerviosismo, no le encuentra solución. Gracias a Dios, se ha arevido a anticipar a Julia una parte de la verdad. Por de pronto, ya tiene una porción de camino trazado y lo demás llegará por sus pasos contados.

Ante él se presenta y hace una reverencia:

—Esa señora acaba de llegar en automóvil, señor.

—¡Ah! Está muy bien. Ya voy.

¡Qué actividad la de la marquesa!, piensa, mientras va a recibirla. Por lo visto los acontecimientos se precipitan. Aquella mañana una piedra, esta tarde otra, pronto estará construido el edificio cuidadosamente proyectado... con la ayuda de Dios y permitiéndolo su hija.

La señora marquesa es una aristócrata de rancia nobleza vetusta a menos, que sólo conserva de su antiguo esplendor algunos sombreros y trajes estrafalarios, aún de buenos conocidos en mejor situación que la suya, a los que da sablazos oportunos y salvadores. Lacouret se ha captado su admiración y su parcialidad gracias a algunas dádivas sabiamente administradas.

La marquesa advierte su entrada y se precipita en su recibimiento.

—¡Mi querido amigo!

—¡Mi querida marquesa!, ¿cómo está usted?

—Bien, gracias. Tengo una bue-

na, una magnífica noticia para usted.

El financiero lanza una precavida ojeada en derredor suyo y conduce a la dama hacia un grupo de sillones.

—Siéntese, por favor —dice, mientras hace lo mismo. Luego se inclina con avidez—. La escucho.

La señora está muy entusiasmada e impaciente y no se hace repetir dos veces estas palabras.

—Algo inesperado... Verá usted. Hay un hijo Dupont-Dufort, soltero todavía...

Lacouret frunce el entrecejo y la interrumpe:

—¿Dupont-Dufort del azúcar? ¡Ah, no! No me interesa. No son más honrados que yo.

La dama simula una risita halagadora, recobra su seriedad y hace un ademán apaciguador, mientras se yergue con toda la dignidad compatible con su voluminoso y corto cuerpo.

—Pero, ¿por quién me toma usted?... Yo sé perfectamente que no le interesa el azúcar... Esos Dupont-Dufort no tienen nada que ver, absolutamente nada con los míos. Los míos descienden directamente del que fué ministro de Grévy. Es precisamente la unión que se necesita para que cesen los pésimos rumores que usted sabe.

Lacouret no necesitaba este últi-

mo acicate para sentir encendida su curiosidad. Los ojos le chispean y se frota las manos. Ruega a la marquesa que siga con su descripción.

—Hay dos jueces en la familia.

—¡Bah! Jueces hay muchos.

La marquesa siente picado su amor propio; se acerca ladina al financiero y le vierte en los oídos la siguiente información:

—Siete mariscales.

Su interlocutor abre los ojos muy complacido.

—Eso está mejor.

La marquesa estima esta exclamación como una alabanza. Pocas habla en París que pudieran competir con ella en relaciones y en conocimiento de las genealogías, vidas y milagros, y pecados también, que de todo hay, de su clase social. Al señor Lacouret, por el afecto que por él sentía y por muchas circunstancias más, no le iba a ofrecer una mala mercancía. Además, Julia le era tan simpática como cualquiera de sus sobrinas y estaba mucho mejor educada que aquellas.

—Le aseguro que es lo más rancio, lo más viejo, lo más honrado y digno que hay en París.

No le parece mal al padre de Julia comprar a ésta un marido de tales condiciones y cualidades; pero de pronto se impone en él su espíritu de hombre de negocios, que

es el que finalmente siempre le domina.

—Pero dígame, querida marquesa. Si son en verdad tan honrados, deben pedir mucho.

—No, nada de eso —esponde ésta como quien está muy al cabo de semejantes asuntos—. No tienen ni un solo céntimo, ni un solo céntimo... Tendrá usted al joven por un pedazo de pan.

Aquello le convencía.

—¡Ah!

—¿Qué dice nuestra pequeña Julia? —pregunta la dama tocando sin saberlo en carne viva—. ¿Qué piensa de nuestro proyecto matrimonial?

Lacouret se encoge de hombros y hace una mueca de desesperación. En aquel aspecto su capacidad resultaba nula. Julia había heredado

una buena parte de su independencia y, además, es demasiado querida para él, siendo el único lazo que le liga con el mundo, para que ose sin más preparativos anunciarle sus intenciones. Aunque algo ya se tenía adelantado. Todo esto pensaba el financiero, bajo la aguda mirada de la marquesa. Por fin se decide a confesar parte de sus temores.

—Puede imaginarse que aun no me he atrevido a hablarle. Es lo más difícil. Si en lugar de la suya se tratara de mi propia boda, sería mucho más sencillo...

La marquesa le insta, ya que tienen su esposo buscado, escogido y aprobado, que no se duerma sobre los laureles. Y puesto que tarde o temprano tiene que saberlo Julia, cuanto antes mejor.

CAPÍTULO II

Papá Lacouret en un aprieto

Papá Lacouret penetra como una tromba en la antigua alcoba de Julia de Maupré. Parece llegar decidido a todo. Pero lo primero con que sus ojos tropiezan, ya le desarma y le resta parte de sus energías.

Julia está sentada en un mundo, contemplando el minuet que bailan

dos figuritas dispuestas sobre una caja de música.

—Mi pequeña Julia. He recorrido veintitrés habitaciones buscándote sin contar la sala de armas y los corredores... Oye, ¿qué clase de fonógrafo es ese?

Al mismo tiempo se da cuenta

de que Julia lleva un sombrero del siglo pasado y una hermosa sombrilla de encaje abierta. Y piensa en cómo se va a atrever a dar un disgusto, porque el disgusto es seguro, a una criatura tan bella y angelical como Julia, sólo por su egoísmo y para satisfacer su presunción.

—Siéntate, papaito mío, y respira.

Lacouret está decidido a todo. ¡Aquella vez o nunca!

—Mi querida hijita, se trata de algo grave. Por favor, deja esa sombrilla y quitate el sombrero. No hace mucho sol y ese disfraz va mal con lo que tengo que decir.

—Te has vuelto muy ceremonioso desde que vives aquí —sin embargo, Julia cierra la sombrilla y se apoya en ella—. ¿Qué tienes que decirme, papá?

Hacia un momento que se sentía capaz de todo y ahora no se atreve. ¡Vamos, de una vez!

—Pues, verás... Quiero hablarte como un padre.

—Bueno.

—Es un tanto difícil, ¿comprendes?... Además, como no tengo costumbre.

Julia tiene sospechas de que su padre quiere decirle algo muy capital para la existencia de ambos, sino no se turbaría de aquella manera, como un colegial que quiere

pedir fiesta. Y se dispone a ayudarle, sin darle, claro está, importancia.

—Bueno, verás; te ayudaré a que parezcas un padre severo. Ante todo, necesitas un poco de seriedad, porque careces de ella. Busquemos algo que te dé cierto aire de gravedad.

Dicho y hecho. Busca, como dice, en un baúl enorme y saca de sus entrañas un grandioso sombrero de copa y una capa gris y se los tiende. Lacouret acepta el disfraz resignado, aunque decidido a acabar de una vez.

—Ponte este sombrero —contempla el aspecto de su padre—. ¡Uh! Te pareces al padre Duval de "La dama de las camelias".

El financiero persigue a su hija que simula huir espantada hasta el hogar y allí ambos se paran.

—Bueno, puedes comenzar tu escena.

—No es cosa de risa, hija mía, porque precisamente quería hacerte una escena al estilo de la época de este sombrero... Los célebres dramas que los padres no hacen desde 1880.

—Padre mío, vuestra hija os escucha.

—Verás, te lo pido porque... no precisamente porque sí, ¿comprendes?... Porque la verdad es que tú querías hablarme de ello, pero...

pero... ¿No has tenido nunca ganas de casarte?

Julia se queda boquiabierta. Comprende que su padre, aprovechando la circunstancia de simular un papel dramático, le expondrá sus más íntimos deseos y pensamientos. Pero, en verdad, no esperaba aquella pregunta.

—¿Cómo?... ¡Oh, mi señor padre, ya comprendo!

—¡Escucha!

Julia se hinca de rodillas y tiende sus manos implorantes a su padre, al que consume la indignación. ¡Vaya una manera de tratar un asunto tan serio como una boda! Pero Julia no parece dispuesta a terminar con su parodia y la coge por las muñecas.

—¡Ah, no me obligues a contraer matrimonio, padre mío! ¡No amo a ese joven! No quiero casarme...

—Pero, escucha...

—¡Ah, respondedme, padre mío! —y en vista de que su padre, irritado por la pantomima no pronuncia una palabra, añade—: Díme algo, papá...

Este sacude las muñecas que tiene asidas y grita con voz de trueno:

—¡Ah, me ocultabas que amas a otro! ¡Falsa!

—¡No amo a nadie! Pero, dejadme tranquila en la mansión en donde transcurrió mi infancia.

Así entre bromas y veras Julia

va siendo informada de los planes de su padre.

—¡Está decidido! ¡Te casarás con él!

—¡No, padre mío!

—Sí, ese joven puede serme útil en mi comercio.

¿Luego, ¿era realidad? ¿Qué joven misterioso sería aquél? Julia no conocía a ningún joven que tuviera tales cualidades. ¿Quién sería?, repetía su mente.

—No, padre mío, ¡no!... ¡Piedad, padre, piedad!

—¡Te casarás con él o te encerraré en un castillo!

—¡Oh, padre mío!... Postrada a vuestros pies os lo suplico. ¡Piedad!

—¡No! ¡Nada de piedad! ¡No sé lo que es piedad!

Súbitamente, Julia se pone en pie y mira avergonzada hacia la puerta. Lacouret remeda a su hija, soltando sus manos. ¡Buen par de locos estaban hechos! Seguramente, llamando a la policía, haciendo cualquier barbaridad, si juzga por la expresión de espanto que refleja el rostro de Anthelme, que permanece en la puerta sin osar entrar.

—¿Qué ocurre, Anthelme? —dice Julia, quitándose el sombrero.

—La mesa está servida, señorita.

No era precisamente una comida muy alegre la de aquella mañana. Julia dibuja en el mantel con el ex-

tremo del cuchillo, mientras escucha a su padre con más atención de la que desea demostrar. Cuanto dice éste la deja pensativa, pues duda de los verdaderos móviles que inducen a su padre a proponerle aquel desagradable asunto. No llega a captar toda la verdad. ¿Acaso es la ambición de triunfar socialmente, ya que ha logrado el triunfo económico? ¿O tal vez el deseo de hacerla feliz proporcionándola un rango más encumbrado del que disfruta en este momento? Sin embargo, experimenta una rara ternura al mirar de soslayo a Lacouret, extraña mezcla de amor maternal, de veneración filial y de amistad.

—¿Comprendes, hija? Cuando esos cretinos saben que tienes más dineros que ellos, te hacen cincuenta mil reverencias, a pesar de su honorabilidad, de su abolengo y de sus principios, pero cuando creen que eres menos fuerte que ellos comienzan a mirarte con aires de perdona vidas.

Se calla, pues entra Anthelme para servir los postres. Ninguno de los dos comensales los acepta y Anthelme se marcha con aire compungido. No se le ha escapado la pre-ocupación de sus señores.

Solos de nuevo, Julia reanuda la conversación.

—Pero... ¿no habrás cometido ninguna imprudencia?

El tono serio de su pregunta delata a Lacouret que su hija ya está maleable, a punto de ceder. Y se entusiasma, procurando contenerse:

—No, no; no son precisamente imprudencias. Pero en nuestro oficio, uno llega a sentirse solo cuando no se ve apoyado por la familia. Quiero decir una familia seria, con amistades, porque una familia sin amistades no sirve para gran cosa... y verás, yo había pensado... ¡Oh, no! Es... una idiotez.

Le falta valor para ser franco llegado el momento oportuno. Mas, a pesar de sus escrúpulos, su hija entiende perfectamente a dónde quiere ir a parar y no se extraña de su ilusión. Extiende su mano a través de la larga mesa y coge la de su padre.

—¿Qué habías pensado, papá?

—Me juzgarás mal... Estoy acostumbrado a la opinión ajena, pero me disgustaría que tú...

¡Allí estaba otra vez el maldito Anthelme en el preciso momento en que iba a dar suelta a su alma! Su importunidad ya le exaspera.

—El café está servido en el saloncito.

Padre e hija se dirigen en silencio a la habitación nombrada. Anthelme y un criado anciano se ocupan en desembarazar la mesa de los platos y restos de comida.

—¿Qué les ocurre hoy? Casi no se han servido ningún plato,

—Eso no tiene importancia. Si les hubieras visto arriba. Ella se arrastraba por el suelo...

El criado anciano deja caer un plato sobre la mesa completamente asustado.

—¡Oh! ¿Y él?

—El llevaba un sombrero alto y le retorció las muñecas.

—¡Oh! —repite el criado anciano.

Y casi corriendo camina hacia la cocina a contar las últimas noticias del extraño comportamiento de sus nuevos dueños.

Estos llegan al saloncito y no prestan la menor atención al café, servido en una mesita. Lacouret se desploma en una silla, en tanto que Julia se sienta a sus pies y pasa su brazo por las rodillas paternas. Este contacto alivia al financiero y despierta en él renovadas energías.

—Había pensado... ¡qué tontería! —, si me uniese con una de esas familias irreprochables... Si Julia pudiera casarse con uno de ellos...

Se detiene y acaricia conturbado la cabeza de su hija. Un sentimiento nuevo, que creyó muerto en él, le sobrecoge: la vergüenza de sus actos. Y en este instante es cuando el drama adquiere toda su intensidad.

—... No puede pedirle eso a

una jovencita —exclama desesperado—. Soy un viejo imbécil.

Y da por abandonado el proyecto. Pero, precisamente, ahora ayuda a Julia en su ayuda con toda la calidez, con todo el perdón de su alma femenina.

—La verdad... no soy tan jovencita, sabes, papá? —comienza suavemente, mirando al suelo para ocultar sus lágrimas de ternura—. Además, ¿te acuerdas de aquel vagón de tercera clase, cuando después de la guerra nos echaban de todas partes a los dos y no comíamos?... Había allí una pequeñita sin mamá... —Julia apenas puede continuar— a quien tú dabas todas tus naranjas. ¿Te acuerdas?

—Como si fuera ahora —afirma Lacouret, no acertando a dónde irá a parar su hija.

—¿También te acuerdas de lo que te dijo, en aquel vagón, la mañana del cuarto día cuando estabas a punto de llorar a causa de la fatiga y del hambre?

—¿La pequeñita?

—Sí, la pequeñita —confirma Julia—. Aquella niña te dijo: "Si fuera necesario, moriría por ti, papá".

A Lacouret se le forma un nudo en la garganta. Carraspea.

—Era una niña muy pequeñita, pero cuando se es mayor...

Con apasionado gesto, que inte-

rumpe a su padre, Julia le mira frente a frente por primera vez desde el principio de la conversación.

—Tú me has dado muchas joyas, muchísimos caprichos y muchísima libertad que no he sabido emplear bien. Pero continúa siendo la misma pequeñita...

—Gracias, Julia —murmura enternecido su padre, besando su rubia cabeza.

—Además, en el fondo, cuando no se ha amado nunca de verdad...

—dice, luchando sonreír—. Los chicos con quienes salgo... u otro joven, da lo mismo, ¿sabes?

CAPÍTULO III

Los señores Dupont-Dufort

Los señores Dupont-Dufort, padre e hijo, disfrutan de lo que, sin ahondar mucho, podríamos denominar una apacible sobremesa. Su única sirvienta ya ha librado de su presencia a los señores, llevándose los platos a la cocina, en donde de vez en cuando se levanta su voz agria cantando una cancioncilla de moda.

Como todos los días, mientras Jorge aguarda que se aproxime la hora de encaminarse a su empleo, padre e hijo leen o resuelven problemas de palabras cruzadas, sin dirigirse la palabra, situados en extremos opuestos de la mesa. Sería una exageración asegurar que el silencio es grato; algo pesa en el ambiente del comedor —sala que delata que las relaciones entre ambos están violentadas por alguna razón.

En el recibidor suena el timbre. Acude la criada a la puerta accándose las manos. Es el cobrador del gas. Lleva el recibo a sus silenciosos señores, que no despegan la vista de su lectura y se lo ofrece al señor Dupont-Dufort, padre.

—Señor; otra vez el gas.

Este alza una mano y la dirige a su hija, que tampoco se ha inmutado.

—¡ Ah! Déselo a mi hijo.

La sirvienta da la vuelta a la mesa y habla a Jorge, repitiendo sus palabras.

—Otra vez el gas.

—Déselo a papá.

La mujer, afeccionada por escenas parecidas, sabe que es inútil insistir. El recibo quedará sin saldar. Se encoge de hombros y se encamina hacia el recibidor.

—Está bien —exclama resignada—. Voy a decirle que no están en casa.

El cobrador arquea las cejas interrogativamente.

—Han salido.

—¡Han salido! ¡Han salido! —explota el hombre, ya fatigado de tener que volver cada semana—. Siguen escondiéndose. ¿eh? Todos los meses igual —grita con la esperanza de que sus palabras lleguen a los señores—. ¡Y viven en la Avenida Marceau! Yo vivo en Belleville, ¿lo oye?... ¡En Belleville, pero pago el gas! ¡Valientes señores!... ¡Son unos frescos!

Las protestas del cobrador y el portazo de despedida llegan al comedor. El padre, sin levantar la vista del periódico, asegura:

—En mis tiempos un joven de corazón no hubiera dejado insultar así a su viejo padre.

Jorge consulta el diccionario y sigue resolviendo el problema de palabras cruzadas, sin emocionarse.

—En mis tiempos, ese joven de corazón hubiese tenido probablemente un padre dispuesto a pagar el gas.

Su padre suelta el periódico sobre la mesa y se acomoda en ella, mientras que dice interrogador, con la misma frialdad que si se tratara de un asunto ajeno a él:

—¿Por qué eres tan severo con-

migo? ¡Oh!... Además, todo es pura hipótesis, porque en mis tiempos no utilizábamos el gas. Dejemos eso y escucha... —titubea—, ¿podrías prestarme quinientos francos?

—No —contesta decidido el joven.

—Bien. No insisto. Comprenderás que ya sé lo que es ser joven. Yo también me he encontrado teniendo que equilibrar dificultosamente mi presupuesto de fin de mes... ¿Puedes prestarme doscientos francos?

—No, papá.

—¿Cien?

Jorge, que ha terminado el problema que le absorbía, abandona el lápiz y mira a su padre.

—No, papá. Gano mil ochocientos francos al mes, en mi Banca. Y me es imposible darte más dinero del que te doy.

El señor Dupont-Dufort hace lo imposible para aceptar con resignación su amargura por el enorme sentido común de su retoño.

—Bien, bien está muy bien... En mis tiempos...

—¡Oh! Te lo suplico. En tus tiempos hubiera habido un pequeño cambio de situación. Sería yo quien te pidiera dinero a ti. Y tú me lo has negado, claro.

El padre suspira. Su hijo le consultaba un misterio. ¿De quién ha-

bría heredado tanta frescura y tanta lógica a destiempo? Cuando se ponía a razonar, era cuestión de coger la puerta y marcharse.

—Tus reflexiones tienen un sentido cínico y profundamente inmoral...

Vuelve a sonar el timbre de la entrada, aunque esta vez su sonido es acogido con interés.

—¡Ah, ah! Debe ser la marquesa... —comunica a Jorge—. Va a decidirse nuestra suerte.

Se ponen en pie y esperan la aparición de la marquesa, que entra como un torbellino de actividad y de alegría.

—¡Querida marquesa! —exclama el padre, besando su mano.

—¡Mi buen amigo!

Jorge repite el saludo paterno y escudriña la faz de su amiga.

—¿Cómo está usted?

La marquesa sigue sin detenerse hasta llegar al diván en el que se despioma y es rodeada de los dos hombres.

Mientras respira profundamente para recobrar el aliento perdido al subir la escalera —¡aquellas malditas casas sin ascensores...!— estudia atentamente los rostros que tiene delante y en ambos halla la misma cosa: ansiedad. Por lo tanto, su llegada es oportuna. No se olvida de que están a fines de mes y...

—Ya está arreglado... ¡Qué suerte! ¡Una gran suerte!

Jorge le coge las dos manos y las aprieta hasta hacerla daño. Su frialdad característica ha desaparecido y pregunta apasionadamente, con tanta emoción que su padre queda asombrado, pues no le creía capaz de ella.

—Sin bromas, ¿Es bixca?

La marquesa y el señor Dupont-Dufort cambian una mirada. ¿De dónde sale ese desconocido Jorge? El padre casi refunfuña: En un negocio no es muy correcto hablar de cuestiones estéticas. Pero la marquesa, rememorando la linda e inteligente faz de Julia, se encarga de tranquilizarle:

—Tiene unos ojos preciosos.

Primera sorpresa de Jorge. ¿Una heredera rica, dispuesta a casarse con un título y sin ser bixca?... No lo cree, no es posible...

—Entonces, ¿cojea?

La marquesa sonríe.

—Baila maravillosamente.

—¿Es una birria? —pregunta Jorge ya impaciente, creyéndose víctima de un fraude fraguado para decidirle—. Confiese que tiene algún defecto. Sería demasiado hermoso.

Pero la marquesa, a pesar de sus risas, parece hablar con toda la seriedad. Es más, añade:

—Pues, no. No, querido Jorge.

Es un hada y está de acuerdo.. En una palabra, sólo depende de usted.

Jorge da un salto, pero se detiene. No sabe qué decir. El mundo se le antoja matavilloso.

—Pues, entonces... —repite; sin embargo, le pregunta—: ¿El hada está de acuerdo?... ¡Ja, ja!

Todos sus escrúpulos egoístas han desaparecido. Bailotea por la habitación entre las risas de sus espectadores, diciendo:

—¡También estoy de acuerdo!
¡También estoy de acuerdo!

Se detiene a la mitad de un paso y vuelve a acercarse a la marquesa:

—¡De acuerdo, marquesa, de acuerdo! Aunque fuera manca y tuerta, aunque fuera monstruosamente fea. No puede ser más horrible que mi banca, que los empréstitos de papá... y que las facturas del gas que no pueden pagarse.

El señor Dupont-Dufort hace una seña a su hijo, pero ya es tarde. Se encara con la marquesa, esbozando un gesto de malestar.

—Este chico carece de tacto... Yo no comprendo de qué factura de gas está hablando.

CAPÍTULO IV

Jorge y Julia

Julia y Lacouret, en la habitación preferida por la primera, o sea la alcoba de Julia de Maupré, contemplan ensimismados el minué que bailan los monigotes de la cajita de música, mientras esperan la llegada de la marquesa y de los señores Dupont-Dufort, anunciada para aquella misma tarde.

Lacouret está arrepentido de su proyecto matrimonial. Sabe ahora que será un sacrificio para su hija tener que vivir toda la vida con un hombre comprado por él, por puro

capricho suyo. Así es que cuando aparece Anthelme está nerviosísimo.

—La señora marquesa de Huron... los señores Dupont-Dufort, padre e hijo.

Lacouret se asusta.

—¡Oh, por Dios!... ¡Dígales que se vayan!

Anthelme se queda estupefacto ante tal orden. Julia, con más presencia de espíritu, corrige a su padre:

—Bajamos en seguida... Que nos

excusen, Anthelme —vase el criado y toma el brazo de su padre—. Ten un poco de valor, papaito... Te aseguro que ese joven no te hará nada.

—Soy muy bruto... Muy bruto y con poco tacto —exclama Lacouret, pensando en lo que imaginarán de él y de Julia los recién llegados, puesto que adquiere un esposo para ésta.

—Anda, ven.

—Te advierto que si no me gusta, le echo a la calle a él y a su familia de magistrados antiguos ministros. Además, no me dan miedo los magistrados... por ahora.

Una escena paralela a esta ocurre en la gran sala de visitas. Jorge no puede estar quieto ni un momento y sólo la idea de que van a desaparecer todos sus apuros económicos y los de su padre hacen posible que soporte su vergüenza y los duros momentos de espera.

—Ha pagado por este castillo un millón al contado.

—Siento haber vendido el patrimonio de mis padres —se lamenta Dupont-Dufort padre.

—Es usted terrible, querido amigo. No puede venderle todo lo que tiene.

Se calla, pues advierte a Lacouret y a su hija en lo más alto de la gran escalinata. La marquesa y su anciano amigo se adelantan hacia el pie de ésta, mientras Jorge, al

que cuyo corazón late desordenadamente, se queda atrás rogando al Cielo que le socorra. No se atreve a mirar y envidia la sangre fría de sus dos compañeros.

Lacouret pisa los últimos tramos de la escalera y se arregla la corbata, muy excitado.

—Pórtate bien, hija mía... Aunque no tengan un céntimo, son personas muy importantes.

—Tranquilízate, papá; mientras tenga forma humana, le acepto.

La marquesa hace las presentaciones.

—Mi querida Julia, mi querido Lacouret. Permitanme que les presente a mis buenos amigos Dupont-Dufort, que están encantados de visitar su regia mansión.

Jorge se acerca lentamente al grupo sin dar crédito a lo que sus ojos ven. Julia le parece bellísima y cada vez comprende menos su deseo de casarse con él, en tales condiciones.

La marquesa le indica que avance. Lo hace y ahora le toca sorprenderse a Julia. No oyen las palabras de presentación de la dama, ni se percatan del asombro de los que les rodean ante su nudez y maravilla. Los ojos de ambos póvenes no se pueden apartar.

—Pero, fíjense en esas criaturas —dice la marquesa, dirigiéndose a sus respectivos padres—. Están

sorprendidos... ¿Se conocían ya?

—No; no, no.

—No... no nos conocíamos.

Para la marquesa es inexplicable la turbación de Julia y Jorge, e insiste:

—¿Están seguros de no haberse visto antes? ¿En un baile... en la Costa Azul...? Pudiera ser que no se reconocieran porque... porque se vieron en traje de baño —termina, echándose a reír.

Julia, por fin, recobra su sentido de ama de la casa.

—Si quieren ustedes venir hay un bar en el vestíbulo.

Lacouret indica a su hija que desea hablarle un momento, mientras repite:

—Sí; hay un bar en el vestíbulo.

—¿Un bar en un castillo histórico? —pregunta la marquesa, consultando al padre de Jorge.

Dicho señor no sale de su admiración.

—Parecen tener mucho dinero.

—¡Muchísimo dinero!

Papá Lacouret pregunta a su hija, que todavía permanece en el mismo lugar en que se hicieron las presentaciones:

—¿Qué? ¿Les echo a la calle?

—No, papá.

El financiero ya sabía que ésta sería la contestación de Julia, pues Jorge también le ha parecido un

estupendo futuro yerno. Y, suponiendo contenta a su hija, también lo está él.

Mientras Lacouret sirve unos combinados, Julia y Jorge charlan animadamente algo alejados de los conspiradores. Los ojos de éstos procuran estudiar todas sus reacciones y no se alejan un segundo de la pareja.

—Espero que este fin de semana en el castillo de Maupré les sea agradable.

La marquesa y el señor Dupont-Dufort se inclinan. La aristócrata se encarga de halagar al financiero:

—La hospitalidad de Lacouret siempre ha sido de las más atentas —señala a los muchachos—. Mirenles: hacen una pareja deliciosa.

—El asunto tiene tendencia a marchar maravillosamente bien —*confirma* Dupont-Dufort—. Quiero decir que parece que se gustan mutuamente.

Pero la fiscalización de que son objeto, cada vez más intensa, cohibe a Jorge y a Julia. Aquél baja la voz y se acerca a Julia.

—Escuche, como usted me es muy simpática, voy a hacerle confidencialmente una pequeña pregunta.

—Hágala.

—¿No le... no le exaspera a usted un poco que nos examinen co-

mo si fuéramos bichos raros, desde que estamos hablando juntos?

—Como me es usted muy simpático, voy a responderle. Sí, me exaspera.

—Estaba seguro de que nos comprenderíamos. Fíjese en esas miradas. Daría todo el oro del mundo por poder apretar un pequeño botón y desaparecer —se inclina más aún hacia la joven—. Señorita de Maupré, ¿no conoce usted el secreto de sus pasadizos?

Julia le sonríe. Le parece muy bien el que se puedan hablar a solas, segura de que podrán arreglarse mucho mejor los malentendidos que existan sobre sus extrañas relaciones, que permaneciendo allí bajo la férrea vigilancia de que son objeto.

—Lo he olvidado. Pero, sígame. Verá como es sencillísimo —se pone en pie y alza la voz—. Quiero que admire los tesoros del castillo.

Jorge comprende y la sigue.

—¡Ah, sí!

—Fíjese bien en este león —Jorge la mira fijamente despertando una rata emoción en ella—. Pero, mírele, al menos. Este león tiene quinientos años. Nadie lo diría, ¿verdad? Tenemos treinta como este en la familia. ¡Magnífico trabajo!

Jorge acaricia la estatua con el dedo.

—Magnífico. ¡Tiene una expresión en la mirada! ¡Unas melenas!

Los dos padres y la marquesa cuchichean. Julia aprovecha su distracción y ordena en voz baja a Jorge, poniendo un pie en la escalinata:

—Basta de admiración. Sígame. Subiremos la escalera muy lentamente. Nada de apresuramientos.

Pero, sin embargo, es la primera en subir corriendo los peldaños hasta llegar al primer piso. Jorge se sienta en el primer escalón que encuentra, siendo imitado su ejemplo por Julia.

—¡Salvados! —dice Jorge, exhalando un suspiro de alivio—. Dígame, ¿y ahora qué hacemos sentados en esta escalera?

—¿Es usted deportista?

—Sí; un poco.

—Bien. Pues, entonces, visitaremos las cincuenta y seis habitaciones del castillo.

Julia parece decidida a ejecutar lo que dice. Jorge se alarma y la detiene.

—¿Cincuenta y seis?... Pero, pero, ¿a pie?

—¡No! Tengo bicicletas y, además, las visitaremos por etapas.

—¡Ah! ¿Nos llevaremos el desayuno?

—No; cogeremos fruta por el camino.

—¡Bravo! Yo adoro el campo.

—Espero que también le gusten los fantasmas, porque aquí hay muchísimos.

—Me encantan... yo pertenezco a una familia en la que existen muchos.

Julia ríe el chiste, cuya clara alusión al padre del muchacho es evidente. Y guiando a Jorge por los intrincados pasillos, cuya disposición admira, llega a su habitación preferida, la antigua alcoba.

La estancia está a oscuras. Julia abre cautelosamente la puerta, tanteando y buscando el interruptor.

—Esta es la primera etapa. ¿No tendrá mucho miedo?

—No sé; probaré, pero le advierto que al más pequeño ruido de cadenas, me fugo.

—Bueno; de momento no se mueva...

Se interna y desaparece en la oscuridad. Anda con los brazos extendidos, procurando acordarse en dónde están los obstáculos. Sin embargo, su espinilla choca contra un baúl y profiere un gemido:

—¡Ay!

Jorge, desde la puerta, lanza una carcajada. Julia enciende la luz y se sienta en un baúl, frotándose la espinilla.

—¿Qué ha sido? ¿Una tibia?

—Sí, pero tranquilícese... Es lo mío.

Jorge da unos pasos por la alco-

ba y contempla maravillado su caótica disposición.

—¿Qué confusión! ¡Es maravilloso! Es un verdadero paraíso para un niño.

Julia va a su amada cajita de música e intenta ponerla en marcha. Al oír las alabanzas de su acompañante, cesa de dar cuerda y pregunta:

—¿No sabe que esta habitación tiene una preciosa leyenda?

Jorge se sienta en el mismo baúl que Julia y la mira animadoramente.

—¿Ah, sí? Vamos por la leyenda. En los viejos castillos, existen a montones.

—No tema usted. Esta es muy corta... Cuenta la leyenda que en esta misma habitación, por dos veces, con cien años de intervalo, un joven y una joven se conocieron y se enamoraron locamente.

—¡Oh! Pues, la verdad, eso acostumbra a ocurrir en todas partes. No es preciso un castillo encantado para ello, ¿no?

—¡Ah, sí! Pero cada vez se interpuso el dinero entre ellos para impedir que se amaran.

Julia se calló de repente. ¡Se hubiera mordido la lengua antes que pronunciar aquella frase desagradable, que parecía hacer referencia a su situación! Jorge inclinó la cabeza, comprendiendo el motivo de

su turbación, y también algo embarazado. Durante unos minutos reina el silencio entre los dos, que sienten que sus conciencias les acusan por lo que están dispuestos a hacer a costa de marchitar la naciente ilusión que en sus corazones ha encendido su novelesco conocimiento.

En el vestíbulo, los dos padres y la marquesa, a los que los combinados han puesto en los mejores términos, se deciden finalmente a hablar del negocio que allí les reúne.

El señor Dupont-Dufort trata de dar un cariz de elevado sentimentalismo al enlace, que adivina próximo, y se deja arrastrar por sus palabras:

—¡El dinero! ¡El dinero! ¡El dinero! En este caso no cuenta el dinero. Lo que cuenta es el amor de esas criaturas que es algo magnífico.

La marquesa le hace señas de que ya ha ido bastante lejos, lo suficiente para malograr sus proyectos.

—El señor Dupont-Dufort seguramente quiere decir que...

Este comprende su error. Hablar de amor, porque ambos jóvenes hayan simpatizado, es algo prematuro, piensa, y puede desvalorizar los tratos.

—Sí, sí; me he anticipado un

poco, es verdad. Pero poco... ¿Se han fijado ustedes en cómo se miraban los dos... cómo se hablaban?

—Si retardamos un poco la boda, será un matrimonio de amor.

Lacouret toma la palabra y dice sosprendiéndolos lentamente:

—No estoy seguro de ser bastante rico para ofrecer a mi hija un casamiento por amor.

—El amor no tiene precio, amigo mío —sentencia la marquesa.

—Sí; por eso me da miedo.

Jorge, para disipar la molestia que ha originado el sucinto relato de Julia, procura hacer sonar la cajita de música, sin el menor éxito:

—¿Está segura de que antes funcionaba?

—Completamente segura.

Levanta la tapa y toca y manipula en el interior.

—Pues no lo entiendo, porque... He apretado todos los tornillos, el resorte está intacto y, fíjese, todas las manivelas funcionan.

—Debe estar muy enferma, entonces.

Jorge cierra la caja con cuidado y la deposita sobre una mesita.

—Yo creo que son nervios. Bueno, ahora voy a darle cuerda otra vez. Pero yo creo que será mejor que no les miremos. Verá... Tengo la impresión de que debemos molestarles. Cuidado. No nos volvamos demasiado aprisa.

Ambos jóvenes dan la espalda a la cajita, que suena un momento, se agitan los muñecos y se paran como sobresaltados.

—Sí, es muy sencillo. Nos temen; eso es todo.

Julia se aparta de la cajita de música. La situación es cada vez más violenta. Tiene que mediar entre ambos una explicación y ninguno de los dos da el primer paso. No quiere ocultarse que Jorge le gusta mucho, pero una voz interior le dice que se contenga, pues los móviles que han traído al muchacho al castillo no son muy halagüeños para ninguna mujer. Por su parte, Jorge está en un estado de ánimo semejante al de ella. Por primera vez en su vida, comprende que hay algo más que el dinero y el frío cálculo, que hay algo que merece todos los sacrificios y limpieza de espíritu, el amor, y que ahora que lo tiene a su mano es indigno de él.

—Hace mucho que estamos aquí. Van a inquietarse.

Jorge hace una mueca de duda.

—¿Nuestros padres? Creo que no. Deben estar contentos, satisfechísimos. Cuanto más tiempo estamos juntos y solos, más dichosos se sentirán.

—¿Qué extraño! —exclama Julia—. ¿No le parece a usted?

—¿Esto?... Sí; es un verdadero fraude.

—No... yo me refería a nuestro encuentro, a nuestro proyecto de boda.

—¡Ah!... —responde desesperado Jorge—. Es igualmente un verdadero fraude... Es... ¿Es una obligación para usted?

—No quiero ocultarle nada. Parece que papá necesita algunos magistrados en la familia. Diga, ¿para usted también es una obligación?

Jorge ríe con rabia. Sus carcajadas suenan a falso. Y ya que están en tren de confesiones, él hará una total, que le pinte de cuerpo entero, tal y como es.

—Sí; claro. Escuche... Parece usted una chica inteligente y voy a hacerle una pequeña confidencia. Yo... yo gano mil ochocientos francos al mes, en una banca, y tengo una deuda de honor de trescientos mil francos, a saldar en nombre de la familia y... y papá me pide doscientos francos todos los lunes, para ir a jugar a Vincennes. Ya ve... Juzgue usted el caso.

Julia siente un gran desprecio, que, casi inmediatamente, es sustituido por una gran misericordia. El rostro de Jorge expresa claramente su amargura y el dolor de tener que contarle todo. Por lo menos, juega limpio. ¿Y por qué?

—¿No le da vergüenza hablar así?

—¿A mí? ¿Y por qué? Hasta le había dicho a la vieja de Huron: "Voy a aceptarla aunque sea bicha, manca o coja." Ello le demostrará mi situación.

—Pues yo había dicho: "Mientras tenga forma humana."

Jorge se encara con ella rápidamente.

—Escuche —prosigue Julia—. Voy a decirle algo que las chicas no acostumbran a decir a un joven, así, de pronto. Pero... pero no se burle usted de mí... Si le hubiera encontrado en cualquier parte, en la calle o en un importa dónde... me parece... que hubiera podido quererle.

Jorge contiene un movimiento. Su boca está reseca y su corazón apresura su ritmo. La ve tan bella que mentiras le parece que cada vez esté más lejana de él. El plan de sus padres es insostenible desde el momento que ella ha hablado de tal forma.

—¿Qué bien que lo haya dicho usted la primera!

—¿Por qué?

—Porque en mi situación... compéndalo... Si yo lo hubiese hecho primero, quizá hubiera parecido que me interesaba resolver pronto la situación.

—¿Qué raro es usted!

—No. Sé matizar la ignominia

—dice Jorge con una triste sonrisa.

—Bueno; yo quisiera... Voy a decirle algo que no puedo quitarme de la cabeza desde hace un momento.

—Diga lo que sea.

—Es un poco complicado. Verá... Yo había aceptado el pacto antes de conocerle a usted. Ahora es distinto. ¿No cree usted que puesto que hubiéramos podido amarnos como... simplemente, como dos jóvenes cualesquiera entre los que no se interpusieran cuestiones de dinero... ¿No sería mucho mejor que...?

—¿... Hacer cada uno por su parte —concluye Jorge— la... vileza que habíamos aceptado, yo, con la jovencita bicha, y usted con el hijo de un magistrado que tenga forma humana? Y guardar muy digno, en nosotros, sin contrato de venta, el recuerdo de esta oportunidad de amor que ambos hubiéramos podido disfrutar.

—Sí, señor.

—Llámele Jorge, ya que es la última vez.

—Sí, Jorge.

Jorge y Julia, bajo su tono indiferente, ocultan una profunda desesperación. Julia piensa en que son dos nuevas víctimas de la le-

yenda y quisiera aferrarse a la felicidad que pasa a su lado inalcantable.

—Julia... —Jorge hace un esfuer-

zo para no mudar lo establecido—. ¡Qué lástima que no la haya conocido a la salida de su oficina de la calle Lafayette!

CAPÍTULO V

El fin de una leyenda

A pesar de la voluntad de ambos jóvenes, sus destinos no han cambiado, ni les ha sido posible escallar la voz del alma. Cada encuentro, pues se han vuelto a ver en diversos lugares, aunque no se hayan dirigido la palabra, ha sido añadir leña al fuego de su pasión.

Julia intenta borrar de su mente el recuerdo de Jorge, lo mismo que éste el de ella, aturdiéndose en el torbellino de las fiestas de sociedad, de visitas a las modistas, a los teatros, pero, en ambos casos es en balde.

Lacouret, para el que no es ningún secreto el pesar de su hija, procura explicarle, en cuanto tiene la menor ocasión, que no existen ya los motivos de separación y que se sacrifican en vano, puesto que, como ella le afirmó, habían aclarado sus respectivas situaciones y que sólo se contrarían, no por el dinero, sino por un falso orgullo amoroso.

Sin embargo, Julia se aleja más y más de su padre. Le acusa como el causante de su infelicidad. Y, él, que se percató del sentimiento que despierta en su hija, se duele de ser el causante de todo.

Por último, una mañana, subyugante a un encuentro con Jorge, se encamina al despacho de su padre y así que la puerta se ha cerrado tras ella, se echa a llorar y exclama:

—¡Tu dinero!... ¡Tu dinero! No ha habido más que tu dinero entre nosotros, desde que ya no soy una niña.

—Tú sabes que era por ti, por quien quería ganar tanto dinero, hija mía —replica suavemente Lacouret.

—No es verdad... Lo ganas por la alegría de ganarlo. Estás enamorado de tu dinero. Con él, me compras las mejores joyas, las mejores pieles... Tu única alegría en el mundo es ganar dinero...

Lacouret intenta calmarla y, aunque siente una gran tristeza, no la achaca a su hija. Comprende que ésta ha llegado al extremo y que sus nervios tiene que desahogarse de una manera o de otra.

—Mi única alegría eres tú, Julia.

—¿Y por qué consientes que sea desgraciada? —exclama ilógicamente la muchacha.

Lacouret se le aproxima.

—Hijita mía, no seas injusta. Hace un mes que te suplico que te cases con el hijo de Dupont-Dufort.

—Pero es que yo no quiero comprarle. No quiero que más tarde pueda pensar que le he comprado. Y, además, aunque yo quisiera... él no querría venderse.

Julia solloza. Lacouret pasea entre su escritorio y la ventana, esperando que termine su llanto y se apacigüe algo. Pero, transcurren los minutos, sin cambio.

—Pero si te aseguro que estaba decidido a casarse con cualquiera.

—¿Con cualquiera, pero no conmigo!... Y menos en esas condiciones... lo mismo que yo... ¡Cuánto odio tu dinero! ¡Odio tu asqueroso dinero! ¡Le odio! ¡Le odio!... ¡Odio tus brillantes! ¡Ten! ¡Ten!

Julia se arranca el collar y las pulseras y las arroja fuera de sí contra el suelo. Las joyas rebotan contra los pies de su padre, que se inclina humildemente y las recoge.

—Me das lástima, mi pequeña Julia... ¡Tú que decías hace unos días que estabas dispuesta a todo para ayudarme!

Estas palabras calman un poco a Julia. En los ojos de Lacouret brillan las lágrimas. Parece un hombre vencido y sin objeto en la vida. La voz de Julia se hace más dulce, sin dejar de ser imperiosa.

—Pero hace unos días no estaba enamorada, papá. Tu dinero... tu dinero me divertía como te divierte a ti, pero ahora... me he enamorado... Amo a Jorge y detesto tu dinero.

—Pero, ¿tú qué has llegado a creer que es mi dinero para mí? Bebo agua de Evian y sólo tomo caldos... ¿Te imaginas que necesito veinticinco mil francos al día para vivir bien? —se dirige al aparato Morse que registra las cotizaciones, y llorando exclama—: ¡Fijaos en ese imbécil! ¿No le oís? ¡El señor Lacouret es muy rico! ¡El señor Lacouret gana mucho dinero! ¡El señor Lacouret puede tomar muchos caldos! muchos, muchos!... Y puede llorar como un viejo imbécil si su hija ya no le quiere.

Julia corre a abrazarle y le pide perdón con los ojos. Lacouret echa los hombros atrás y exclama:

—Tienes razón. Hablo como un pobre. Sólo los pobres hablan siem-

pre de dinero... Pero, ¿qué significa el dinero? ¡Es una porquería! Una porquería como todo lo demás.

Va hasta su escritorio, coge el teléfono y marca un número. Al recibir contestación, dice:

—Oiga, Max... Venda todo... ¡Véndalo todo!

—Pero se arruinará usted, señor Lacouret. Es una locura.

—No, no me he vuelto loco.

Julia le pone una mano en el hombro. Lacouret suelta el aparato y le lanza una terrible mirada mezcla de desafío y cariño.

—¿Qué estás haciendo, papá?

—Pues me divierto.

Momentos más tarde, con la velocidad que arde la yesca, la Bolsa se enteraba de una noticia fulminante: Lacouret estaba arruinado.

En casa de los Dupont-Dufort la vida continúa con su ritmo normal, es decir, entre deudas, protestas y preocupaciones, siendo la más importante de éstas el sombrío humor de Jorge.

El señor Dupont-Dufort se decide al fin a hacer una pregunta que muchos días lleva en la punta de la lengua.

—¿Estás seguro de que no puedes prestarme cien francos?

Jorge ni siquiera baja la revista

que hojea para responderle. Contesta secamente:

—Segurísimo, papá.

—Los habría apostado a Farraón XIV.

—Pues desperdicias una buena ocasión de quedarte sin cien francos menos... y yo también.

—¡Oh, te lo suplico!... No eres quién para hablar de ocasiones desperdiciadas... Mi hermano, el general, ha dicho que habías hecho mal no casándote con Julia.

Jorge, impacientado por los continuos reproches de su padre, arroja la revista contra el diván en que está sentado y se pasea nerviosamente por la sala. Su padre carece totalmente de sensibilidad. En lugar de fijarse en sus sentimientos, permanece como si nada hubiera pasado, como si no comprendiera que tenía que haber una causa muy esencial para que él desechase una boda ventajosa. Y a cada paso le estaba nombrando a Julia. ¡Era insoportable!

—No tengo porqué recibir órdenes de ese general.

—Pues... es un buen general.

—Yo no he dicho que sea un mal general te digo que no obedezco órdenes de ese general; nada más.

¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos en que los hijos se rebelan contra los padres, sin tener en cuenta

los sacrificios soportados para hacerles llegar a ser algo en el mundo!

—¡Yo que confiaba en ti para dulcificar mis últimos días! Tú eras todas mis economías.

—¿Acaso me habías puesto a crédito? —indaga irónicamente Jorge, dejando por un instante de pasear.

—Es que... algo esperaba de tu afecto.

Jorge le mira con duda. El anciano parece algo emocionado por lo que acaba de decir y un poco de su emoción se le transmite.

—Ya sabes que tengo adoración por ti, pero también amor propio, papá.

Este suelta un bufido y se enfrasca de nuevo en la lectura del diario deportivo.

—Eres un hijo desnaturalizado —dice, tras unos segundos de silencio.

Julia sube corriendo las escaleras como un relámpago y pulsa impacientemente el timbre. Se oyen pasos y abre una criada, que la estudia con desconfianza.

—¿El señor Dupont-Dufort?

—Sí es una factura, ha salido.

El corazón de Julia canta un himno glorioso. Sin hacer caso de las protestas de la criada, la aparta y penetra en la casa, gritando:

—No traigo ninguna factura... ¡Jorge!

Llega al comedor y cae en los brazos de Jorge, que la abraza sin entender nada de lo que ocurre. El señor Dupont-Dufort, al ver a Julia, se frota las manos satisfecho.

—¡Jorge, papá se ha arruinado!

—¡No!

—Sí.

—¡Oh! ¡Qué felicidad!

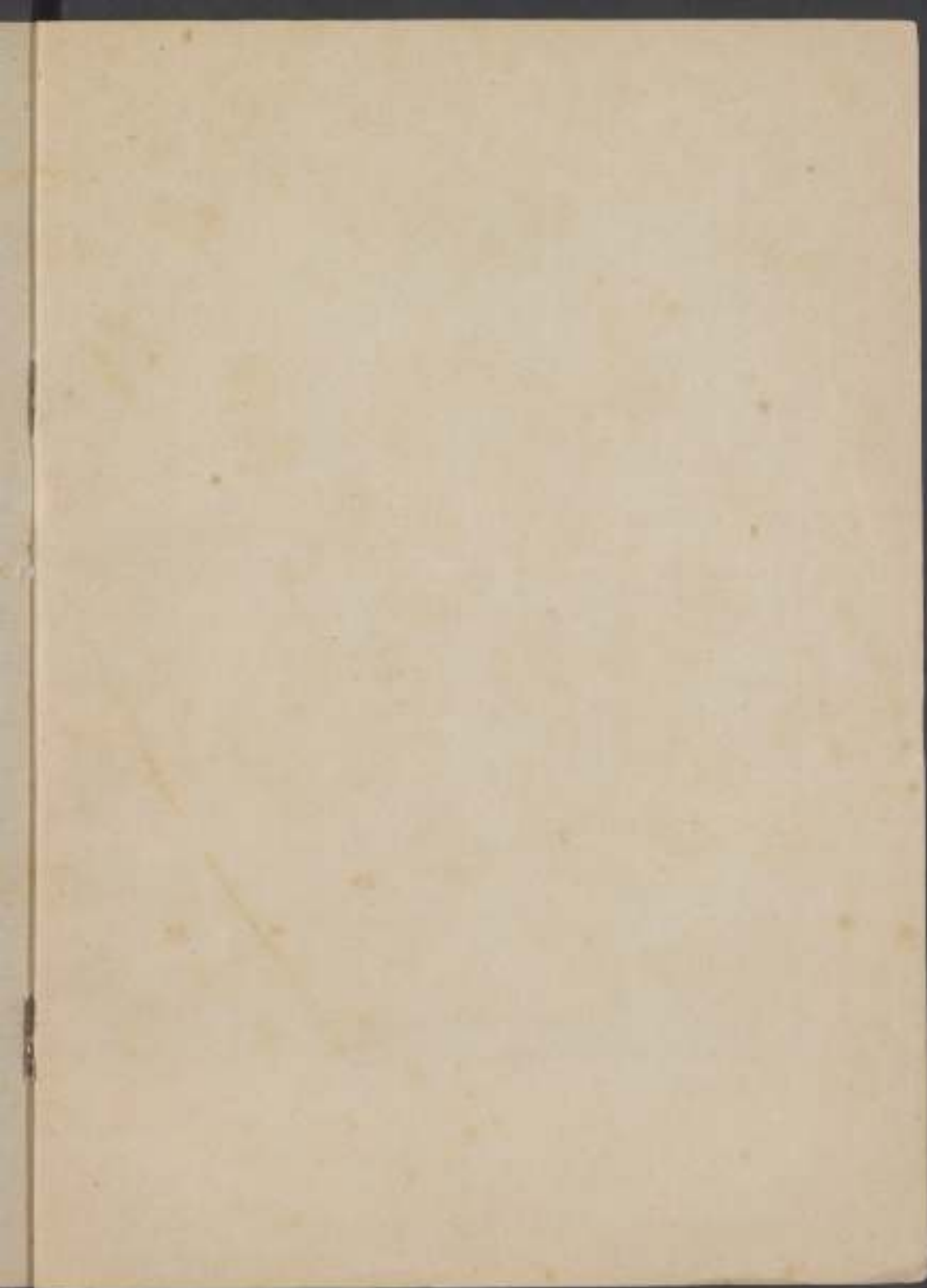
Su padre intenta apartarlos, sin obtener éxito. Entonces golpea la espalda de Jorge y grita:

—¿Cómo?... ¡Qué felicidad! ¡Arruinados, Jorge, arruinados!... Pero, ¿es que no lo comprendes?

Jorge se vuelve riendo dichoso, mientras Julia le hace coro:

—Pues, claro, papá, pues claro. Puedes telefonar al general que sus órdenes serán acatadas.

FIN





La PELÍCULA **CABALGATA DE AMOR**
ha sido distribuida en España por **BALET Y BLAY**

Distribuidora: Sociedad General Española de Librería - Barbadá, 16* - Barcelona

IMPRESA: RÍO & C.